



**UNA RED POR
LA NUEVO HMANIDAD
UNA RED LIMPIA**

**una propuesta para un nuevo
siglo convivencia de la humanidad
con la tierra y la tecnología**

Patrick Knoedler

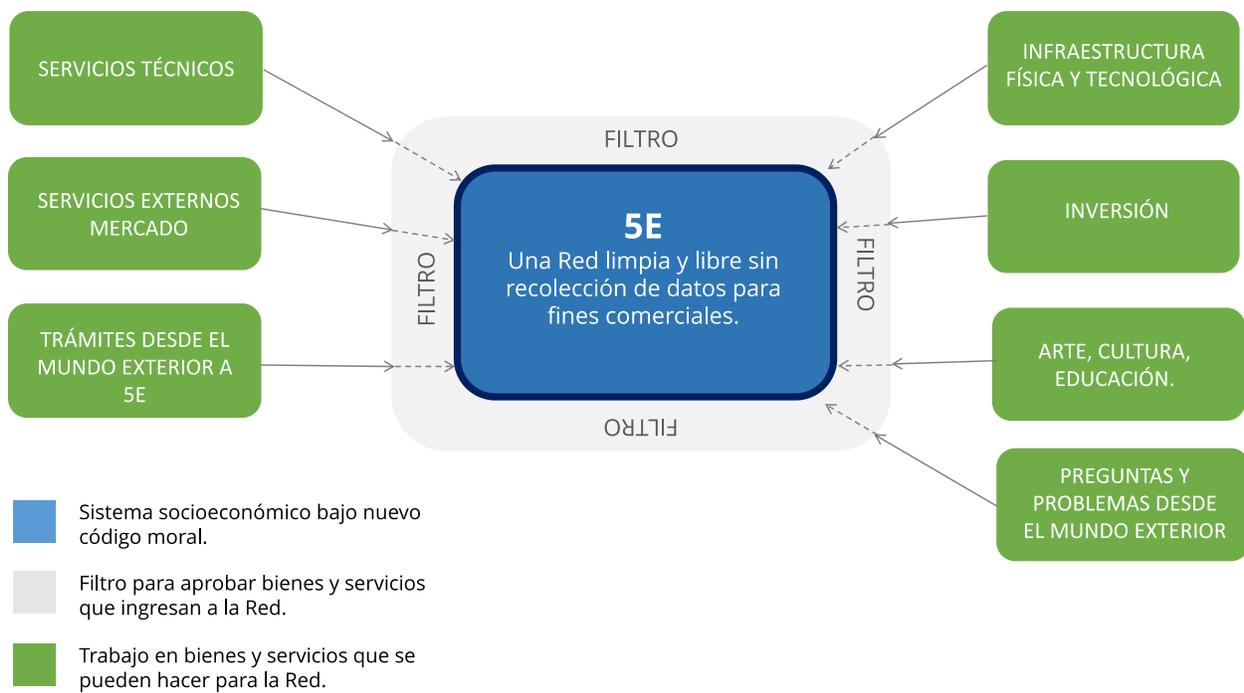


Fig. 1. Estructura general de la Red 5E.

ÍNDICE

Presentación	5
Primera Parte: El Estado de las Cosas.	
La Tecnología	9
La Comunicación	11
El Pensamiento	13
La Educación	15
Las Creencias	17
La Economía	18
La Política	21
El Cambio Climático	23
El Arte y La Cultura	24
Segunda Parte: La Propuesta.	
El libre acceso a tu información	31
Una red limpia	33
El filtro	36
Páginas con fecha de vencimiento	38
De la seguridad en la red	40
Un nuevo valor, una nueva economía.	41
La nueva forma del dinero	43
La dinámica del modelo económico	47
Un Código Moral Universal	48

Epílogo: lo que viene.	51
------------------------	----

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Estructura general de la Red 5E .	2
Figura 2. Principales componentes de la Red 5E .	29

PRESENTACIÓN

Es un hecho incontrovertible que la vida de los seres humanos está siendo manejada por la tecnología. Cada aspecto de la cotidianidad es detalladamente registrado, en tiempo real, por un sinnúmero de dispositivos y aplicaciones que, continuamente, se adquieren para hacerse cargo de algún aspecto de la existencia humana. Una sola aplicación maneja la agenda laboral de decenas de personas al mismo tiempo, determina si están disponibles en un momento del día y los cita para que puedan reunirse a conversar o a trabajar; otra acopia, simultáneamente, la información del tráfico en todas las calles en una ciudad y determina cuál es la ruta más rápida para llegar a casa; una más lee, de modo permanente, la frecuencia cardíaca, temperatura y tensión arterial del cuerpo, para determinar cuándo éste está sano, enfermo o es proclive a desarrollar una cierta enfermedad.

Ya no hace falta socializar, se puede ser “amigo” de cientos y hasta miles de personas que se coleccionan en las redes sociales; ni siquiera es necesario tener habilidad para encontrar una pareja con fines emocionales o sexuales, porque esta tarea se le puede confiar a una sencilla aplicación que ayuda a evitar la fatiga de fracasar conociendo a una persona, por medio de algoritmos que descartan todas aquellas que, de entrada, no nos interesan. Los automóviles de última tecnología gradúan la temperatura ideal de la cabina, encienden las luces tan pronto como detectan que la noche llegó, se ajustan ergonómicamente a las necesidades físicas del conductor y hasta reducen la velocidad o emiten un pitido tan pronto como sienten la presencia de otro vehículo que está demasiado cerca. Muy pronto serán completamente autónomos.

No es exagerado decir que, hoy en día, hay aplicaciones para todo. El avance de la tecnología va de la mano con el avance de la ciencia que, apoyada por todos, va ocupando cada uno de los espacios de la vida, haciendo mucho mejor el trabajo que apenas unos años atrás era hecho por los humanos. En este sentido, asistimos a un momento histórico en el que, poco a poco, el control del mundo se ha ido cediendo a las máquinas, como solía contarse en las utopías y en las historias de ciencia ficción del siglo XX. Vivimos los tiempos que lúcidamente vaticinó en sus libros Isaac Asimov pero, al mismo tiempo, somos testigos del nacimiento de sociedades terribles como las que imaginaron Aldous Huxley y George Orwell. La manipulación genética o la vigilancia del pensamiento son cada vez menos piezas de la imaginación futurista y más elementos de la vida cotidiana. Alguien que aún no quiera tener un bebé, puede congelar sus óvulos más fértiles o su mejor esperma para utilizarlos cuando quiera. En ese sentido, hemos vencido al tiempo y, muy pronto, hasta la muerte misma. Apenas recientemente, vinimos a saber que la elección de uno de los mandatarios más importantes del mundo había sido manipulada accediendo a la información de millones de personas, consignada en sus redes sociales.

La humanidad se encuentra al borde de un cambio fundamental. Uno que alterará sus formas de concebirse a sí misma, de desarrollarse en cada uno de sus aspectos y de pensarse con miras a lo que se perfila será el siglo XXI. Tal y como apunta Yubal Harari, el famoso historiador israelí, “de un modelo neoliberal, centrado en el ser humano, en su individualidad, sus propios gustos y sus decisiones, poco a poco estamos pasando a un modelo centrado en los algoritmos y los datos”. En un mundo en el que la tecnología ha ido demostrando que puede hacerlo todo mucho mejor

que sus creadores, los seres humanos empiezan a cobrar valor únicamente en virtud de la información que poseen, de los datos que pueden aportar para el funcionamiento del sistema que gobierna la vida. Así, por ejemplo, el Internet de las Cosas (*IdC*) es una realidad que, poco a poco, ha ido ganando espacio en nuestro mundo y tiende más a conectar los objetos que a las mismas personas.

Es solo cuestión de tiempo antes de que la tecnología llegue a todas las esferas y grupos sociales de la vida humana, obligándonos a redefinir el rol del *homo sapiens* con miras a encontrar su nuevo lugar en el mundo. No estamos diciendo que sea un futuro apocalíptico el que se avecina, no estamos hablando de máquinas asesinas que quieran esclavizar la humanidad para extinguirla o ponerla a su servicio, hablamos de un futuro inminente en el que la más sensata opción será otro tipo de interdependencia, no basada en el simple intercambio de bienes y servicios, sino en el de la información para mover el mundo, la economía, la política, la educación y la religión misma. No estar listos para ello, sería una imperdonable miopía y nos condenaría, sencillamente, al aislamiento del resto del mundo.

En un futuro muy cercano, aquel que no esté conectado será como si no existiera. Resignará su papel al de un espectador en el escenario donde se desarrolla el juego de la vida. Difícilmente podrá insertarse en los nuevos modos de producción, porque la manufactura de bienes estará, mayormente, a cargo de las máquinas y la prestación de servicios implicará estar insertos en el sistema. Todo lo que se haga deberá ser registrado en y por el sistema mismo, la supervivencia diaria ya no será un problema de fuerza de trabajo sino, más bien, de creatividad e innovación. De modo que el futuro será de los nativos digitales, esos que desde muy jóvenes aprenden a convivir con los ordenadores, las tabletas electrónicas y los teléfonos inteligentes. Son ellos quienes están llamados a encontrar el camino en que humanos y tecnología den origen a nuevas formas de vida más adaptadas a las demandas del mundo contemporáneo y el planeta.

Quienes no pertenecemos a esa generación, poco a poco iremos resignando los roles protagónicos a quienes entienden mejor la interacción entre la especie y la máquina. Es un paso natural de la evolución, la comunicación química intercelular dio paso, en un momento dado, al surgimiento de especies de insectos; a su vez, la comunicación intercelular de impulsos eléctricos en medios grasos, dio origen a las nuevas especies vertebradas. Pronto, en un tiempo que no podemos determinar si será decenas, cientos o miles de años, la comunicación intercelular no requerirá de químicos o impulsos eléctricos, sino de ondas telepáticas que favorecerán el surgimiento de nuevas especies, quizá híbridas entre biológicas y robóticas, que poblarán el planeta. En un mundo así, ¿cuál podría ser el papel de los seres humanos? No nos queda más que prepararnos, educarnos, adaptarnos y estar listos para recibir lo que venga.

Hoy mismo, en estos tiempos en que los virus y las enfermedades viajan en primera clase de aviones o trenes y nos vemos, de un momento a otro, obligados al confinamiento global de la especie, vemos cuán frágiles son las instituciones humanas. Ni el dinero, ni los partidos políticos, ni las creencias nos pueden salvar efectivamente del colapso, solo la tecnología parece echarnos una mano para que todo lo que hemos creado y que tan orgullosamente llamamos cultura, pueda sobrevivir. Trabajamos desde el encierro de nuestras casas, en ellas estudiamos, en ellas nos

ejercitamos y en la profundidad de su seno practicamos nuestras creencias, es la red quien nos está permitiendo llevar adelante nuestro proyecto como sociedad, de las lecciones que hoy en día estamos aprendiendo dependerá, en gran medida, la efectividad de las cosas que lograremos en el futuro.

Es por esa razón que debemos concentrar nuestras miradas en el aparato tecnológico y sus formas, en su lógica y el camino que nos señala: hoy más que nunca estamos llamados a la unión y a la solidaridad como especie, pero estos dos elementos deben encontrar nuevas formas de expresión que no pasan por la proximidad física sino, paradójicamente, por un distanciamiento que solo puede zanjar la tecnología. Tal vez, de eso se trata el porvenir.

En este documento, voy a hacer, primero, una breve exposición de algunos de los aspectos más significativos de la vida del ser humano en la segunda década del siglo XXI; cuáles son y cómo veo sus instituciones principales y, finalmente, cuáles son sus principales expectativas con miras a los tiempos que se avizoran. De esta manera, pretendo hacer un retrato, más o menos fiel, de la actualidad desde la cual se debe partir, sus aciertos y falencias para hacer viable la vida de todos los seres humanos en el planeta. A continuación, esbozaré los elementos básicos de un modelo aún incompleto, y por lo tanto imperfecto, de la forma en que creo debe ser la vida social, el cual aspira a cubrir, algún día, todos los aspectos de la realidad humana e iniciar así la transición definitiva hacia lo que ya empieza a ser la realidad de este nuevo milenio.

Antes de comenzar debo aclarar que, luego de pensarlo mucho, decidí escribirlo en idioma español, con ayuda de un equipo de trabajo, porque esta es una idea que se gesta en Latinoamérica, donde los principales aspectos de la globalización han llegado, históricamente, con algún retraso y, por tanto, su vivencia de la historia viene a ser una adaptación de lo que, en muchos casos, ya es tendencia en el primer mundo. Espero así que, en unos años, si es que esta idea fructifica, el mundo asimile verdaderamente que la humanidad somos todos y que, por tanto, los grandes cambios pueden nacer en cualquier lugar.

PRIMERA PARTE: EL ESTADO DE LAS COSAS.

Toda propuesta nace del conocimiento. Pretender sembrar la semilla de un cambio global a partir de un capricho personal o una visión parcializada de la realidad ha conducido, históricamente, a conflictos absurdos y terribles debacles con consecuencias gravísimas para la humanidad. Una mirada rápida a los principales proyectos políticos de los últimos tres o cuatro siglos, muestra la razón de esta afirmación. Tal vez no sea experto en ninguno de los aspectos que, a continuación, voy a abordar, pero mi condición de ser humano, habitante del planeta y testigo espacio-temporal de esta realidad, me confiere la autoridad necesaria para ofrecer un punto de vista general acerca de los principales elementos e instituciones que componen la vida humana en estos tiempos. Presento, a continuación, una serie de instantáneas acerca de la forma como se ve el mundo en el año veinte del siglo veintiuno, con el fin de establecer, lo más claramente posible, de dónde parto para proponer un cambio global en la organización de la humanidad.

La Tecnología

Actualmente, un alto porcentaje de la vida de los seres humanos se desarrolla en el entorno tecnológico. La mayoría pasamos el día pegados a un ordenador, a una *laptop* o a nuestros teléfonos móviles. Dispositivos que no existían treinta años atrás y, hoy en día, nos proveen de casi todo lo necesario: trabajo, educación, espiritualidad, entretenimiento, comida a domicilio, taxis, servicios médicos, servicios bancarios, amor, amistad, sexo, etc. Para bien o para mal, las redes sociales ocupan una gran cantidad del tiempo libre que tenemos: *WhatsApp*, *Facebook*, *Instagram*, *Twitter*, *Tik Tok*, *Tinder* o *Grindr*, entre otras, son aplicaciones que, casi obligatoriamente, encontramos en los teléfonos inteligentes de muchas personas que conocemos. Vivimos una especie de vida paralela en ellas, muchas personas parecen sentirse más a gusto con la “personalidad” que han construido para sí mismos a través de sus fotografías, sus memes, sus reflexiones personales o, simplemente, aquellas cosas que les gustan y que constituyen la suma de sus intereses y el norte de sus aspiraciones. Hacerlo simplifica sus vidas, los pone a salvo de la exposición directa, de la muchas veces, incómoda socialización y, más importante aún, les permite mostrarse del modo que más les satisface.

La tecnología ha recortado las distancias entre el mundo y los individuos, en lugar de ser Mahoma quien va a la montaña, ahora la montaña va a Mahoma. En lugar de ser nosotros quienes salimos diariamente a batallar con el mundo, los dispositivos y aplicaciones nos traen el mundo a la comodidad de nuestros hogares, en toda su increíble variedad. Ello ha determinado que cambie, también, la forma en que experimentamos la realidad: ya no nos conformamos con la realidad objetiva, que precede nuestra propia existencia –la mayoría de las cosas ya existían antes de que nosotros apareciéramos–, ni con la realidad subjetiva, que muestra el mundo de la forma particular que cada quien lo ve, ni mucho menos con las realidades intersubjetivas que, como dice Harari, constituyen el cúmulo de instituciones y acuerdos que hemos creado para regular la vida humana. Hoy en día, por primera vez en la historia, experimentamos la virtualidad como algo concreto y verdadero. La realidad virtual, que hace apenas unas décadas, parecía el discurso febril de los futurólogos, resignado al campo de aparatos y dispositivos enormes y a veces inimaginables, es ahora una moneda común. Es un fenómeno bien conocido el de los *hikikomori* adolescentes japoneses que deciden aislarse, voluntariamente, en sus habitaciones y tener todo

contacto con el mundo a través de sus ordenadores y teléfonos móviles. Hace unos años, algo así hubiera parecido una locura y, al contrario, hoy en día muchos padres en todo el mundo deben, más bien, luchar para que sus hijos salgan de casa y socialicen un poco con los demás.

A cambio de facilitar de este modo su vida, la red ofrece a los humanos una muy conveniente curaduría de la información que circula en ella. No existe una regulación universal que abarque todas las cosas que es posible encontrar en la red: racismo, xenofobia, odio religioso, pornografía de todo tipo, adoctrinamientos políticos, sociales, espirituales, etc. El volumen de información al que estamos expuestos es tal que no alcanzamos a procesar sino un pequeño porcentaje del mismo. Es, entonces, donde la red –que es, al mismo tiempo, agente de la información buena y mala que circula en ella– nos vende sus servicios como cuidadoso seleccionador de lo que queremos y no queremos consumir. A través de una infinidad de algoritmos que evalúan constantemente nuestros gustos, las diferentes aplicaciones elaboran un perfil detallado de cada uno de nosotros y, de este modo, prepara el conjunto de ofertas que queremos ver, que nos quiere mostrar. Así, nuestropreciado libre albedrío, esa idea liberal de que somos sujetos independientes e individuales, queda reducida a una simple enunciación. Es verdad, somos nosotros los que decidimos, pero ¿qué tan libre es la decisión cuando se nos presentan así las alternativas? No hace falta remitirnos a los escandalosos casos del *Brexit* en el Reino Unido o de *Cambridge Analytica* en la pasada elección presidencial de los Estados Unidos, para ejemplificar este fenómeno. Miremos nuestro propio entorno digital, ¿qué información circula en él?, ¿cuáles son los datos que privilegiamos sobre otros?, ¿qué se nos ofrece, a diario, en las redes sociales? No ser conscientes de ello, es ser cómplices silenciosos de un juego no muy claro que utiliza la tecnología para dar dirección a nuestras vidas.

¿Cómo llegamos a esto? La mayoría de las personas, por más brillantes e inteligentes que sean, no parecen especialmente incómodas con la situación. Si el mundo se nos ofrece de esta manera, ¿quiénes somos nosotros para contradecirlo? ¿Para qué cambiar las cosas si todo esto supuestamente opera en beneficio de nuestra propia calidad de vida? El problema es la venta y uso inconsciente de nuestra información. En un mundo en el que ya las máquinas son capaces de hacer muchas cosas mejor que los humanos y en el que el modelo económico es el “capitalismo de casino” o de la especulación, según el cual produce más valor la conjetura sobre futuras pérdidas o valores que la producción real de bienes, nuestra información personal es el bien máspreciado: ¿qué hacemos en nuestros ratos de ocio?, ¿qué libros leemos?, ¿qué películas vemos?, ¿qué productos de limpieza consumimos con mayor frecuencia?, ¿cuál es nuestra comida favorita?, ¿dónde hacemos, más frecuentemente, las compras?, ¿qué lugares visitamos habitualmente?, ¿dónde vivimos?, ¿dónde viven nuestras familias?, ¿con qué lugares del mundo nos comunicamos frecuentemente?, etc. En un mundo gobernado –así sea tácitamente– por la tecnología, la información es el motor del mercado. No contar con ella, es resignarse a producir a ciegas, sin tener claro un norte hacia el cual dirigirse. No parece importante porque nuestra propia información no nos cuesta, no está directamente monetizada, no tenemos inconveniente en aceptar vender todo de nosotros, con un simple *click*, a cambio de la posibilidad de compartir en la red las fotografías de nuestra vida y, al mismo tiempo, poder asomarnos gratuitamente a la vida de otros, a su intimidad. Tal vez si lo supiéramos, lo pensaríamos dos veces antes de aceptar el contrato que, aparentemente, nos da *tanto* a cambio de *tan poco*.

Tal vez en ello es donde está el mayor de los problemas, en que los grandes conglomerados tecnológicos, como *Google*, *Facebook* o *Microsoft*, entre otros, no nos cuentan toda la verdad. La ponen a la vista de todos en unos “Términos y Condiciones” de eterna lectura que nadie se toma el tiempo de revisar porque están escritos y diagramados en letras tan pequeñas y párrafos tan grandes, con tal número de artículos, incisos y excepciones, que su sola visión nos desanima a revisar. Todos vamos directamente al botón “Acepto” y pasamos, sin mayor problema, a disfrutar los beneficios de esa nueva aplicación. No nos costó un centavo, no nos tomó un minuto, pero a cambio, le perteneceremos para siempre al sistema. ¿Ha, el lector, intentado alguna vez cerrar su cuenta de Facebook? Incluso los muertos no se descargan habitualmente del sistema, su información sigue estando, para siempre, allí, a disposición de todos los usuarios del mundo. Igual ocurre con las empresas que alguna vez se formaron y luego se acabaron, si el dueño no tiene a bien cerrar sus perfiles, estos continúan activos creando una gran cantidad de basura en la red y, además, abriendo la puerta para que los inescrupulosos puedan cometer fraudes, *phishing* y otros crímenes informáticos.

De otra parte, el futuro nos muestra un panorama aún más complejo. La inminente irrupción de la tecnología 5G, con la cual la velocidad de conexión móvil se hará diez veces más rápida que en la actualidad y el tiempo de latencia –o de respuesta de la red– se reducirá aún más, hará que podamos conectarnos e interactuar casi en tiempo real. Habremos, entonces, eliminado las distancias y eso cambiará significativamente nuestra forma de vivir. Asimismo, todos los electrodomésticos de la casa y la oficina podrán estar interconectados, igual que los robots, drones y vehículos autónomos, para compartir información permanentemente con nosotros. La automatización de la vida es inminente, pero ello también traerá un enorme consumo de energía que obligará a buscar fuentes alternativas y podría acarrear problemas para salud humana. En el caso de la tecnología 5G, ya hay quienes mencionan –sin que aún se haya comprobado– que la radiación de estos nuevos aparatos es altamente peligrosa para los organismos y podría ser responsable de los casos más letales del coronavirus en Wuhan, la primera ciudad del mundo en implementar totalmente esta tecnología.

El cambio ya es imparable y el valor de la tecnología incuestionable. Como dije al comienzo de este capítulo, hoy en día, el mundo se mueve gracias a ella. Las organizaciones humanas tal y como las conocemos, con sus instituciones sociales y políticas, con su neoliberalismo económico, su capitalismo salvaje y sus velocidades inverosímiles, solo son posibles gracias a su intermediación. La cuestión es, entonces, cómo diseñar un modelo que recupere el lugar de la tecnología en su función de servicio a la humanidad y no al contrario. Un modelo que, sin llegar a convertirse en una tecnocracia, pueda usar todos los avances técnicos para el verdadero bien de la humanidad y no para el beneficio personal de unos pocos o de ciertos sectores privilegiados del llamado primer mundo.

La Comunicación

Si bien la tecnología es el lenguaje que, hoy en día, quiere hablar todo el mundo, la comunicación es el código de dicho lenguaje. En medio de una crisis que ha demostrado cómo sectores que, tradicionalmente, lideraban el progreso —el transporte o los combustibles, por ejemplo— comienzan a perder relevancia, el sector de las comunicaciones emerge como el medio ideal para mantener unido a un mundo que, cada vez, se aísla físicamente más, pero se une virtualmente en la búsqueda de solidaridad y supervivencia. Para ello se requieren, constantemente, mensajes muy claros y concisos, poderosos y significativos, que le muestren al ser humano que la proximidad sigue estando ahí, solo que ha cambiado y, por eso mismo, requiere de otras habilidades para hacerse parte de ella. Hoy en día, no solo niños y jóvenes inundan de mensajes las redes sociales, sino que también las personas mayores han tenido que trabajar en su analfabetismo tecnológico si es que quieren hacer parte de las conversaciones y los modos de interacción que demanda el mundo contemporáneo. Las compañías que ofrecen servicios de telecomunicaciones, relaciones públicas, publicidad y similares, cobran renovada importancia al construir el modo en que se hace llegar el mensaje a las personas. Sin un buen asesor de comunicaciones, una empresa que produce y vende licores, por ejemplo, en estos tiempos de coronavirus estaría condenada a mermar significativamente sus ganancias a consecuencia de la cuarentena.

Por otra parte, las formas de la comunicación han cambiado significativamente. En la antigüedad, la comunicación oral era suficiente para dar cuenta de todo lo que ocurría en el mundo y, como resultado de ello, el universo humano estaba lleno de creencias, seres mitológicos y espantos que determinaban formas de comportamiento sencillas pero eficientes, las reglas básicas de un código moral que se seguía al pie de la letra. Así nacieron los cultos y las religiones. Luego, gracias a la imprenta, se dio origen a una nueva forma de comunicación que permitió que los mensajes llegaran a todos en su propia lengua. Entonces, todo empezó a complicarse: la era de la industrialización trajo consigo nuevos desarrollos tecnológicos como la telegrafía, la radio, el cine y la televisión. Con cada uno de esos nuevos inventos, la comunicación humana evolucionaba hacia formas distintas, se pasó de la comunicación escrita a la audiovisual y los lenguajes de los que se servía cada una de ellas vinculaban otros sentidos: la vista, el oído y nuestra concepción del tiempo y el espacio cambió según lo que proponía cada medio. Al cambiar los lenguajes, también cambió la mente humana, la creatividad se expandió hacia nuevos horizontes y nacieron grandes obras, nuevas formas de expresión. Pero también, la complejidad de esos nuevos lenguajes dio origen a otros modos de comunicar que no todo el mundo entendía y transmitían mensajes terribles en formas socialmente aceptadas, como en el caso de la publicidad subliminal.

Con los nuevos medios, también los tiempos de espera se acortaron. Ya no era necesario desplazarse hasta un lugar para saber cómo era, un solo vídeo podía transportarnos a las imágenes y los sonidos de este. Sin embargo, desde la llegada masiva de la Internet el mundo no ha vuelto a ser el mismo. El lenguaje de las páginas web y de las redes sociales es aún más rápido y conciso, un solo *gif*, un solo meme transmite en cuestión de segundos toda la idea de un chiste o de una reflexión profunda. No es que ya no haga falta la comunicación oral o que una imagen valga más que mil palabras; no es, tampoco, que la música reemplace a las imágenes, es solo que las nuevas comunicaciones pasan por nuevas formas de pensar entre los humanos quienes, ahora privilegian la rapidez y sencillez del mensaje, por encima de los contenidos profundos y

complejos. La moraleja es, entonces, muy clara: la sencillez de la comunicación debe aplicarse a todas las cosas. No hacen falta intermediaciones ni interpretaciones de ningún tipo. Un código moral, por ejemplo, debe ser claro para todos, independientemente de su nivel educativo o su procedencia. La información ha de ser puntual, como un mensaje de texto y tan universal como un *gif*.

En el siglo XXI ya empezamos a vérnoslas con todos estos fenómenos. Los medios, los negocios, las industrias y las instituciones ya han tenido que ir repensándose para adaptarse a lo que les piden sus nuevos clientes y sus nuevas audiencias. Los grandes discursos ideológicos ya no convencen, el mundo actual demanda más y mejores experiencias que resignifiquen, incluso, cosas tan comunes como adquirir bienes y servicios. No verlo es resignar la posibilidad de insertarse adecuadamente en las nuevas lógicas del mercado y en el ritmo de la vida humana, en general. En ese proceso, las comunicaciones serán un pilar fundamental, pero ya no aquellas que parten de un solo lugar o un conglomerado de medios al servicio de un partido político o cualquier otro grupo ideológico. Las comunicaciones de nuestro tiempo son producidas, al instante, por los millones de usuarios en las redes, una sola persona puede hacer un vídeo que se vuelve viral en cuestión de horas y llega, incluso, a desestabilizar a los organismos del poder en un país determinado. Ello no es necesariamente bueno ni obligatoriamente malo, es simplemente lo que es. De la mano de este fenómeno nacen las llamadas *fake news* –noticias falsas– pero, al mismo tiempo, gracias a esto, la voz de todos es escuchada y, por ejemplo, empiezan a ganar terreno en los medios discursos de grupos antes segregados como la población LGTBI, las poblaciones indígenas, ciertos grupos étnicos en todo el mundo e, incluso, los renovados movimientos feministas.

El Pensamiento

No soy tan ingenuo como para pretender hacer aquí una instantánea global de la filosofía actual en el mundo. Sé de su infinita complejidad y de la multiplicidad de enfoques, teorías y modelos que, hoy en día, en todas las universidades y centros de pensamiento en el mundo se están desarrollando. En consecuencia, y aún a riesgo de parecer tremendamente simplista, insistiré en mantener el subtítulo de este apartado y solo limitaré mi análisis a señalar algunos aspectos relevantes de ciertas tendencias del pensamiento que, actualmente, afectan o moldean el tipo de sociedad que somos y que, con suerte, un día serán útiles para el modelo de red equitativa que, en la segunda parte de este texto, explicaré.

En el entendido de que toda selección es caprichosa y, por tanto, puede aún estar lejos de llamarse objetiva, digamos que llama la atención la sorprendente vigencia del neoliberalismo en nuestras sociedades. Es llamativo el hecho de que más de un siglo después de su surgimiento, las ideas liberales del individuo, la producción o el libre mercado, sigan vigentes y con renovada aceptación por parte de muchos de los habitantes del planeta. Es verdad que la persistencia de un modelo como este ha ampliado enormemente la brecha de la desigualdad entre ricos y pobres y, sin embargo, ni dos guerras mundiales y dos revoluciones ideológicas y políticas en el siglo

pasado, lograron derrotar el modelo capitalista y reemplazarlo por uno comunista, sostenido en el largo plazo, para todas las naciones del mundo.

Por el contrario, el tiempo le dio la razón a quienes imaginaron un mundo con mercados libres, en el que cualquier estrategia implementada para incrementar la producción fuera válida –incluyendo el crecimiento incontrolado de algunas empresas dando, incluso, origen a grandes monopolios– e impidiendo el surgimiento exitoso de pequeños proyectos productivos que no cuentan con cantidades de capital suficientes para competir efectivamente con las grandes industrias del planeta. Ello ha creado una desigualdad económica muy marcada y sin la mediación de un conflicto bélico mundial o una catástrofe natural, como ocurrió muchas veces en el pasado. Aunque sea una idea bastante trillada, hoy en día los pobres son cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos. La idea de movilidad social parece, cada vez más, una utopía en la que se promueven la educación especializada y la inserción en la vida laboral, pero el individuo, generalmente, no llega a más que a insertarse en algún punto del engranaje de la producción o la prestación de servicios.

La tecnología y las comunicaciones –otra vez– están dando origen a nuevas formas de producción, como los contenidos, reforzando su propio modelo en el que la información se convierte en un bien de primera necesidad para el funcionamiento de la sociedad. Así surgen, en el entorno diario, figuras como las de los *YouTubers* e *Influencers*, que a base de generar contenidos sencillos en redes sociales –la mayoría referentes a temas comunes de la cotidianidad individual– terminan por hacerse un lugar en el universo cognitivo de los consumidores. Esto, que bien podría parecer una simple moda o un hecho anecdótico del momento histórico en que vivimos, tiene profundas implicaciones en la forma como las generaciones jóvenes empiezan a ver el futuro. La idea de “triunfar en la vida”, por ejemplo, ya no está necesariamente asociada a un largo proceso educativo que les permita capacitarse profesionalmente ni, mucho menos, se aspira a conseguir un empleo en una compañía importante que ofrezca garantías económicas y de seguridad social para la posterior formalización de una relación emocional que conduzca a una familia y a la reproducción de la especie. Esas ideas de desarrollo personal parecen, ahora, ser cosa del pasado. Todo parece indicar que, en nuestros días, la simplicidad se impone. Lo fácil, lo rápido, lo que no demanda demasiado esfuerzo por parte del individuo, tanto productor como destinatario, es mucho más apetecido por todos. En ese sentido, y entendiendo que los esfuerzos requeridos para ello son igualmente importantes, en años recientes han empezado a ganar mayor aceptación posibilidades de vida en profesiones que anteriormente, al menos en el tercer mundo, eran habitualmente desdeñadas, como ciertas artes o el deporte.

El culto al individuo sigue estando, entonces, en uno de sus puntos más altos. La sociedad alienta a las personas a entrar en una especie de juego de “sálvese quien pueda”, en el que nacer en una cierta clase social pareciera seguir determinando el futuro que nos espera. Por supuesto, nada de esto se dice abiertamente y, por el contrario, los medios muestran a la gente todo un abanico de posibilidades que están disponibles, a la vuelta de la esquina, para todos aquellos que tengan cómo pagar por ellas. De la mano del individualismo, el culto al cuerpo y las formas alternativas de espiritualidad han ganado terreno. En el primer caso, la estética fitness que se moviliza desde los medios masivos de comunicación, así como desde las redes mismas, pone al cuerpo como

una mercancía de importancia suprema para el buen desarrollo de esa vida social-virtual en que nos movemos. El ideal de belleza responde hoy, más que nunca, a cuerpos perfectos, moldeados por dietas súper rigurosas y rutinas de ejercicio muy exigentes que se pueden seguir en gimnasios o en la comodidad del hogar. Desde la perspectiva de la salud esta idea no es negativa, por supuesto. Si bien la tecnología está promoviendo –de un modo u otro– el sedentarismo, el ejercicio se ha convertido paulatinamente en una conducta normalizada, no exclusiva de los deportistas profesionales. Al tiempo que cambian los modos de producción y la interacción social se altera, en los centros urbanos la gente empieza a buscar modos de vida más saludables, que les permitan adaptarse mejor a esta nueva realidad.

Es cierto que, con el acceso libre a la tecnología y a la producción de contenidos, también se empiezan a abrir paso discursos y estéticas que refuerzan la idea del aceptarse tal y como se es, pero el tránsito que esos discursos aún tienen por hacer hasta convertirse en un dictamen aceptado por todos, puede aún ser largo. Respecto a la espiritualidad, aunque este tema será abordado en detalle un poco más adelante, la posibilidad de elegir sus propias creencias y hacerlas públicas en las redes, confiere al individuo más confianza en sí mismo y le da la sensación de que su modo particular de ver el mundo es correcto y digno de ser compartido por otros.

Algunos teóricos de la actualidad señalan que ese culto al individuo está comenzando a derrumbarse por cuanto ya no somos el centro de la vida social y, más bien, somos divisibles (individuo = indivisible). Prevén un futuro en el que todos los procesos sean realizados por dispositivos robóticos o ciborgs, y en el que los seres humanos, poco a poco, dejaremos de ser indispensables porque habremos llegado a un punto en el que las carencias propias de la humanidad serán compensadas por la perfección que ofrece la tecnología. En un mundo así cabrá pensar, entonces, ¿cuál ha de ser nuestro rol? ¿Cuáles han de ser los objetivos de la especie misma?

La Educación

De la mano con esas nuevas formas de pensamiento, la educación del siglo XXI se mueve –y debe moverse– hacia nuevos horizontes. Ya que los intereses cognitivos del grueso de la humanidad parecen ir desplazándose desde la mera adquisición de conocimiento hacia el desarrollo de habilidades técnicas y vocacionales que faciliten su inserción en el mundo tecnológico, la educación comienza a reorientar sus propuestas de acuerdo con esa demanda. Universidades, centros de formación e institutos han debido trabajar en el diseño y puesta en marcha de diplomados virtuales, talleres y cursos alternativos de corta duración y con contenidos sencillos, a través de plataformas tecnológicas en red, para responder al creciente mercado que se está ofreciendo. En este sentido, sectores como el de la enseñanza de idiomas ya se encuentra 100% digitalizado en sitios web que ofrecen autoaprendizaje, con talleres 24/7 y clases personalizadas siempre que el usuario lo requiera.

Sin embargo, el panorama es mucho más complejo. En la actualidad, para muchas personas del mundo, la educación todavía es un lujo. Pese a los esfuerzos de todos los países por brindar, al

menos, una educación básica gratuita, algunas estructuras estatales y las dificultades para extender el cubrimiento tecnológico, aún no permiten llegar a todas partes y, en consecuencia, el conocimiento sigue siendo un bien elitista. De acuerdo con la ACNUR, en 2017 –hace apenas tres años– había en el mundo 785 millones de personas que no sabían leer ni escribir. Muchas de ellas, probablemente, tampoco tienen acceso a la tecnología. Sin embargo, ésta, bien utilizada, podría zanjar las dificultades derivadas del analfabetismo y educar a la gente utilizando recursos audiovisuales, por ejemplo. Pero no vayamos tan lejos, pensemos, por un momento, que no saber leer y escribir no son problemas graves para una persona en el siglo XXI. Concentrémonos en aquellos que sí lo saben, que pudieron asistir a la escuela secundaria y que quieren continuar sus estudios yendo a una universidad o a una institución tecnológica. Al menos, en la mayoría de países de América Latina, pero también en el Asia, Estados Unidos u Oceanía, ese es un paso muy costoso. Con excepción de algunos países de Europa, donde la educación universitaria es gratuita, en el mundo la mayoría de las instituciones de educación superior son privadas y sus costos son, generalmente, altos. Las universidades públicas no dan abasto para cubrir las necesidades de la población y, generalmente, están desfinanciadas o apenas sobreviven con el auxilio de los Estados. No ocurre en todos los casos ni en todos los países, pero es un hecho que afecta a millones de personas en esta parte del mundo. La consecuencia es que muchas de esas personas segregadas de la educación, deben trabajar fuertemente para acceder a instituciones de no muy buena calidad académica para obtener un título y poder insertarse en el mercado laboral.

En vista de una desigualdad tan grande, las prioridades de la gente también han ido cambiando. La globalización hizo de los medios una ventana al mundo y así todos nos enteramos, en tiempo real, de todo lo que es tendencia en el planeta: moda, música, arte, entretenimiento, tecnología y, como tal, todos queremos ser partícipes de lo que pasa allí, más allá de los límites físicos de nuestro entorno. La situación económica muestra las enormes dificultades que, a veces, nos distancian de ese bienestar que podemos ver allí mismo, en el móvil, gracias a las redes sociales y comienza a pensarse en formas alternativas de acceder a eso que se nos muestra como un ideal de vida. Jóvenes de todo el mundo sueñan, entonces, con ser millonarios deportistas de la talla de Lionel Messi o Cristiano Ronaldo, ídolos que eligieron un camino distinto al de la educación formal y obtuvieron una calidad de vida que le sirve de ejemplo a muchos, alrededor del mundo. Es una alternativa perfectamente válida, no se puede caer la falacia de que la escolarización es la única vía y que, en consecuencia, quien no siga ese camino está condenado a una vida mediocre. Esa es más una visión de la modernidad. Hoy en día, la mayoría de las personas son libres de hacer lo que quieran, los medios se abren como un abanico de oportunidades que permiten elegir y, con ello, garantizan también el ejercicio pleno de la libertad. Otros, sin embargo, deciden irse por el camino de la ilegalidad. Al fin de cuentas, ese ideal de vida al que todos aspiran no tiene una única vía moral de llegada y si pensamos como tantos, que el fin justifica los medios, muchos no ven mayor problema en proceder de este modo. Es, en este punto, donde la sociedad debe hallar formas para prevenir ese fenómeno garantizando estrategias de inclusión más efectivas y un apoyo permanente a todos los individuos.

De modo que no es posible concebir una educación que se aleje de los ideales de la gente, así como tampoco esos ideales –que son, en últimas, los del mercado– pueden dictar, a su propio

capricho, los objetivos de la educación. Es necesario hallar un punto medio que haga coincidir los intereses de unos con los objetivos de la otra. Para ello, como mencionamos un poco más arriba, la tecnología nos da una mano facilitando el uso de plataformas, cada vez más potentes, gracias a las cuales es posible llegar a lugares más lejanos y hablándole a la gente en su propio idioma para que el mensaje pueda ser recibido de un modo efectivo. Con ese propósito, la educación debe repensarse en su totalidad, para generar contenidos debidamente adaptados a las necesidades de la gente, que promuevan el desarrollo de las competencias necesarias para moverse en el mundo de hoy y que evalúen, no desde las tradicionales escalas alfanuméricas, sino desde los desarrollos prácticos del estudiante. En este sentido, experiencias como la Pedagogía Waldorf, señalan un camino que explora el desarrollo de la creatividad y la autonomía de los niños para fortalecerlos como individuos. Si bien este modelo ha recibido críticas debido a su separación del método científico tal vez, por vías alternativas como esta, sea posible formar individuos más seguros de sí mismos y, por ello, más tendientes a generar otras miradas sobre la realidad. Al igual que la comunicación, la educación debe ser la forma ideal de aproximarse a las personas para hacerlas más felices, competentes y ayudarlas a responder mejor a las necesidades del mundo contemporáneo.

Las Creencias

Tal vez, como nunca antes, hoy asistimos a un momento en el que la humanidad revitaliza antiguas creencias, por años ignoradas o borradas de un trazo por efecto de la colonización o el desarrollo, y les permite coexistir con los credos y cultos tradicionales que, históricamente, se han profesado bajo el nombre de “religión”. Por más de veinte siglos, el judaísmo, el cristianismo y el islam han impuesto su doctrina en la mayor parte del mundo, desconociendo la trascendencia de otras religiones y cultos no menores, como el de Mayas, Aztecas e Incas en América, el hinduismo o el budismo en la India, o incluso, el taoísmo en la China, así como muchísimos cultos religiosos en el continente africano. Dado el eurocentrismo dominante en el mundo occidental durante los primeros siglos de nuestra era, estos otros cultos religiosos fueron desdeñados sistemáticamente y todo el mundo se vio obligado a profesar la fe que los detentadores del poder imponían. Con el paso de los siglos y la revitalización del mundo animista, la humanidad ha vuelto a mirar a estas creencias, muchas de las cuales hablan de la fuerte relación del ser humano con la naturaleza y con todos los seres vivos, lo cual coincide con una nueva mirada del mundo, mucho más holística e incluyente.

El resultado de esta especie de “nuevo despertar” a las múltiples formas de lo sagrado, es una hibridación religiosa en la que, cada cual, pareciera hacerse un culto a la medida de sus necesidades. Una misma persona, que por razones familiares fue bautizada en el cristianismo, sigue los preceptos budistas para alcanzar la iluminación, practica yoga tres veces a la semana y estudia el Talmud por razones filosóficas. Esa misma persona podría, también, tener algún contacto con los ritos chamánicos de las tribus indígenas americanas como la toma de yagé o el mameo de hojas de coca. Excepto en países donde grupos religiosos de extrema ejercen, al mismo tiempo, el poder político y militar, en este momento histórico nada le impide al ser humano manejar sus creencias de la manera que quiera. La libertad de cultos se acepta en

muchas sociedades del mundo y la tecnología seguirá promoviendo la ruptura de los límites estrictos que separan un credo de otro. Este fenómeno, lejos de crear confusión entre los creyentes, les está mostrando otras formas de vivir lo sagrado y lo profano, promoviendo el bienestar del ser humano por encima de toda consideración.

A pesar de la prevalencia de las grandes religiones, no creo que su hegemonía vaya a durar para siempre. El acceso libre a la información es, al mismo tiempo, el boleto de entrada a una humanidad más crítica de sus instituciones sociales y culturales. No creo, tampoco, que el futuro depare una unificación total de cultos y creencias, pero sí que los límites entre unos y otras tiendan a hacerse más difusos. Ello permitiría, al tiempo que se mantienen las necesarias diferencias, encontrar lo que tienen en común y pensar en una moral global que surgiera del acuerdo común y pudiera ser transversal a todas. Es un hecho que figuras como el Papa, el Dalai Lama, los rabinos judíos, los mulá musulmanes, los patriarcas ortodoxos o los chamanes indígenas, siguen siendo figuras con peso político en sus comunidades y ello permitiría que todas se sentaran a negociar, con algún éxito, sobre lo fundamental: el ser humano.

Aprovechar el liderazgo de figuras como estas, que siguen siendo importantes en la configuración social, sería fundamental para hacer del factor religioso un elemento de cohesión y no de separación en el siglo XXI. Sabemos que afirmaciones como estas bien pueden hacer sonreír con incredulidad a los escépticos, pero qué si no eso es la utopía. Un mundo en que el que las creencias religiosas promuevan y practiquen, efectivamente, el respeto por la diferencia ideológica, es ideal para una sociedad que entra en una nueva era en la que, gracias al avance de las comunicaciones, todos los creyentes son iguales en tanto tienen acceso a las mismas posibilidades. Sobre la base de una verdadera igualdad moral, que trascienda todas las instituciones y grupos sociales, sería posible pensar en una efectiva convivencia social en paz. Ese, quizá, sea uno de los mayores retos de la humanidad en los años que vienen.

La Economía

Al igual que cuando se habló del pensamiento, unos párrafos más arriba, es importante señalar que tampoco pretendo hacer un análisis exhaustivo sobre la situación económica global, no solo porque carezco de la formación necesaria para hacer un texto de esa envergadura, sino porque ese no es el propósito de este documento. De lo que se trata este ejercicio, es de exponer una serie de posturas –imágenes, si se quiere– respecto a cómo se perciben, desde el común, los principales movimientos de la economía mundial que, de un modo y otro, afectan nuestra vida cotidiana. Desde esta perspectiva, uno encuentra que el mundo sigue siendo manejado por las grandes economías que ya lo gobernaban en la parte final del siglo XX. Aunque los más recientes acontecimientos estén asestando un golpe brutal a la economía de mercado, todo parece indicar que el capitalismo seguirá siendo el modelo económico imperante, aunque de acuerdo con teóricos contemporáneos como el esloveno Slavoj Žižek o el surcoreano Byung-Chul Han, podría sufrir importantes modificaciones en el corto plazo.

De momento, el panorama nos muestra que los Estados Unidos y China continúan disputándose el dominio de los grandes mercados del mundo. Apenas unos meses antes de que se desatara la crisis del 2020, la guerra de aranceles que estos dos países venían adelantando, ya comenzaba a afectar el comercio mundial en varios frentes. Y de ellos, quizá el más afectado de todos fuera la tecnología, ya que es el escenario donde se llevarán a cabo la batalla por los mayores avances en el siglo XXI. A mediados de 2019, desde Washington se acusó a los chinos de hacer espionaje al gobierno norteamericano a través de los teléfonos celulares que venían desde ese país. Como resultado, sobrevino un veto a la utilización de teléfonos móviles chinos entre los funcionarios del gobierno norteamericano y una prohibición de que estos móviles utilizaran el sistema operativo Android, de origen estadounidense. Los chinos respondieron comenzando a desarrollar, en tiempo récord, su propio sistema operativo y, al parecer ya tomaron la delantera en el desarrollo de la tecnología 5G, con lo cual los norteamericanos, aparentemente, comienzan a rezagarse en la carrera por dominar el mercado tecnológico.

Todo esto tiene importantes implicaciones en el comportamiento de la economía global, ya empieza a verse cómo los apoyos políticos dependen las relaciones comerciales entre una nación y otra. Ya no es, sin embargo, la búsqueda de la primacía de poderes en un campo determinado –como ocurrió con la carrera armamentista durante la Guerra Fría– sino la búsqueda frenética de unos y otros por hacerse a la mayor cantidad de clientes y mercados en todo el mundo. En medio de esta disputa comercial, los países reunidos en bloques de cooperación política y económica, como la Unión Europea, desarrollan su propia industria y adelantan sus propias operaciones comerciales para proteger sus economías domésticas. Aquellas economías emergentes que no forman parte de uniones tan sólidas como esta –América Latina, el Caribe, África o Indochina– están a merced de tratados comerciales, muchas veces leoninos, con unos u otros, quedando sujetos a condiciones altamente inequitativas o a deudas prácticamente impagables.

Por otra parte, la dependencia del petróleo como producto principal en la economía mundial empieza a resquebrajarse. Ante la crisis de la OPEP –Organización de Países Exportadores de Petróleo–, se ha desatado una batalla comercial por alcanzar el liderazgo único por el vacío de poder que Venezuela y algunos países del Medio Oriente han creado, debido a problemas políticos internos. De esta manera, los árabes y rusos se perfilan como actores principales en una disputa que tiene como arma principal el desplome del precio del barril de petróleo, hasta por debajo de los 20 dólares. Con precios tan bajos, solo aquellos países cuyas reservas internas son verdaderamente altas podrán mantener sus economías a flote. Por el contrario, países cuya producción es poco significativa, pero aún así, importante para sus finanzas locales empiezan a sufrir una contracción económica importante, que podría llevar a una crisis de grandes proporciones. Como resultado de este fenómeno, es probable que muchos de estos países deban solicitar ayuda al FMI –Fondo Monetario Internacional– o al Banco Mundial, incrementando su deuda externa y, como tal, impidiendo un verdadero crecimiento global que garantice la calidad de vida de sus habitantes.

Como se ve, la situación podría convertirse en una verdadera bola de nieve que arrastre a millones de personas bajo la línea de pobreza, al tiempo que continúa haciendo aún más ricos a unos pocos. De acuerdo con OXFAM, en un informe publicado el 20 de enero de 2020, antes del Foro Económico Mundial, “los 2153 milmillonarios que hay en el mundo, poseen más riqueza que 4600 millones de personas (un 60% de la población mundial)”, esto nos da una idea clara de cuán inequitativa es la concentración de la riqueza en el mundo y de cómo esa diferencia tiende a ser aún mayor con estrategias técnicas de mercado, aparentemente inofensivas, como la minería de los datos. La actual inequidad es el resultado del capitalismo salvaje que, de un modo u otro, aceptamos y promovemos como modelo de desarrollo al comprar bienes y adquirir servicios de las compañías multinacionales que inundan el mercado y colman los medios con mensajes para incentivar el consumo masivo. No es nuestra culpa, sin embargo, es la forma en la que se nos presenta la realidad y, en la mayoría de los casos, no tenemos más alternativa que hacernos parte de la maquinaria. ¿Y si hay tanta gente, en teoría pobre, cómo es posible que aumente el consumo? Debido al crédito, los bancos prestan dinero a millones de personas que aún no lo han ganado y, con ello, se estimula el dinamismo en la economía en los países. El resultado es una enorme clase media terriblemente endeudada, una enorme clase baja, que aspira a consumir tanto como la clase media lo hace y una reducida clase alta, que se beneficia a montones.

Sin embargo, una economía basada en el crédito es, igualmente, una bomba de tiempo. En tanto los bancos flexibilizan más las condiciones para prestar dinero, mayor cantidad se pone a circular y mucho más ganan estos por los intereses de los préstamos. Pero, al mismo tiempo, cuando las condiciones económicas globales no son buenas, las formas de empleo varían y, entonces, el riesgo de un no-pago masivo amenaza la estabilidad de todo el sistema. Casos como esos se vivieron apenas hace poco más de una década en los Estados Unidos, donde la llamada “Burbuja Inmobiliaria” estalló cuando los clientes no pudieron seguir pagando sus hipotecas flexibles y terminaron perdiendo sus casas y su dinero y, como consecuencia, la economía norteamericana sufrió una fuerte recesión entre 2007 y 2009. El gobierno se vio obligado a intervenir inyectando miles de millones de dólares para préstamos y rescates especiales que, varios años después, finalmente lograron estabilizar nuevamente la economía del país.

El modelo económico actual es, entonces, muy peligroso porque basa su estabilidad en una serie de enormes supuestos: la fortaleza de la moneda, la estabilidad del mercado, la confianza de los ciudadanos. La mayoría de las personas no entiende –o quizá no les importa– cómo funciona la moneda de su país, en tanto sirva como unidad de intercambio más o menos justa. No piensan en que, año tras año, la capacidad adquisitiva de su dinero es menor o que, regularmente, los estados imprimen más billetes para prestarlos en contratos leoninos a sus ciudadanos, endeudándolos más y comprometiendo gravemente su futuro en aras del consumo. Piensan, con temor o resignación, que este es el sistema que les correspondió en suerte y que, con todas sus carencias, mucho peor sería vivir bajo un gobierno totalitario o en una dictadura. Y, con ello, el sistema se mantiene gracias a la participación obligatoria de la gente, que tampoco se preocupa por las formas más crueles de este, como la explotación de miles de personas en las maquilas o en campos agrícolas del tercer mundo, por parte de multinacionales europeas y norteamericanas. Es, ni más ni menos, la esclavitud del siglo XXI a la vista de todos y con la anuencia de todos.

Por todo lo anterior, la búsqueda de una economía más segura y menos especulativa, será otro de los grandes desafíos que enfrente la humanidad en el futuro inmediato. De lo contrario, la estabilidad global seguirá moviéndose al capricho de la suerte.

La Política

Si bien la economía muestra variaciones tan significativas en los albores del siglo XXI, el mundo político no se queda atrás. El siglo anterior vivió grandes hitos como la caída del zarismo y la implantación del modelo comunista en Rusia, su complejo apogeo tras la Segunda Guerra Mundial y su estrepitosa caída tras años de Guerra Fría con los Estados Unidos. En Europa las dos guerras mundiales llevaron inestabilidad y caos a la mayoría de las naciones, involucradas o no en el conflicto, generando vacíos de poder en algunos países y fortaleciendo la hegemonía en otros. Al tiempo que, en gran parte del globo, se llevaba a cabo la confrontación, las jóvenes naciones independientes en América Latina trataban de fortalecer sus nacientes democracias y terminaron cayendo, mayoritariamente, en dictaduras militares de varios años que contaban con el apoyo de alguna de las grandes súper potencias que dejó la Segunda Guerra: Estados Unidos o Rusia.

Tras la inestabilidad global que dejó ese conflicto, numerosas colonias africanas aprovecharon para adelantar sus propios movimientos independentistas que terminaron por dejar los nuevos países en manos de dictaduras tribales, generalmente corruptas y ajenas a las enormes diferencias étnicas que tenían lugar internamente. El resultado fue un sinnúmero de guerras civiles en países como Ruanda, Nigeria o Mali, que diezmaron la población y dejaron las naciones en difíciles condiciones económicas, sociales y políticas durante la segunda mitad del siglo pasado. Algunos de esos conflictos se han extendido, incluso, hasta la actualidad, obligando a grandes cantidades de población a huir de los conflictos armados en sus naciones, desplazándose hasta las fronteras con otros países donde viven, en precarias condiciones, en campamentos de refugiados organizados con ayuda de la cooperación internacional. Ello ha generado, al mismo tiempo, una migración masiva ilegal de personas que buscan llegar, de cualquier manera, al continente europeo a través del Mar Mediterráneo en tres rutas principales: Marruecos a España, Libia a Italia y Libia a Grecia. El resultado es una crisis humanitaria de grandes proporciones, ya que el fenómeno acarrea prácticas criminales como el tráfico de personas, la prostitución ilegal y la muerte de miles de inmigrantes en alta mar. Aquellos que, ya sea legal o ilegalmente, logran llegar a Europa entran a engrosar cinturones de pobreza en las grandes urbes de España, Italia o Francia, entre otras. Caso similar al que ocurre con los ciudadanos sirios que llegan, por miles, a Turquía, el Líbano y Jordania, donde sus condiciones de vida son realmente precarias.

Al otro lado del mundo, en la frontera entre México y los Estados Unidos, la situación no es muy diferente. Cada día miles de migrantes centroamericanos, principalmente provenientes de Honduras, Guatemala, El Salvador y México, tratan de pasar ilegalmente a los Estados Unidos en busca de una vida mejor que, en el siglo pasado se conocía con el prometedor nombre de “El

Sueño Americano”. Las condiciones políticas, económicas y sociales de los países de América Central son precarias, especialmente debido a conflictos políticos internos y fenómenos de vieja data como la corrupción o el narcotráfico, con lo cual las condiciones de hambre y miseria que se viven en algunos de esos países obligan, constantemente, a sus pobladores a migrar hacia el norte. Por décadas, los norteamericanos mantuvieron una línea migratoria relativamente flexible que apoyaba a los migrantes de países como Cuba, con un propósito claramente político, pero tras años de recibir esa incontrolada ola migratoria, la más reciente administración del país, ha tomado la decisión de cerrar sus fronteras y construir un muro entre México y los Estados Unidos, para impedir la entrada de más migrantes ilegales. El resultado ha sido, una vez más, una creciente crisis humanitaria en las zonas fronterizas que unen ambos países y un conflicto social de grandes proporciones que amenaza con estallar en cualquier momento.

En el sureste asiático, conflictos como la Guerra de Vietnam o la Guerra de Corea, dejaron situaciones socialmente dispares, a mediados y finales del siglo pasado, en varias naciones de la región. Hoy en día, junto a florecientes economías en ciudades como Hong Kong o Singapur, crecen cinturones de miseria que acrecientan las diferencias socioeconómicas entre unos y otros. El caso de China, donde la Revolución Cultural, reactivó efectivamente los valores comunistas de la revolución de Mao Tse Tung, para marcar una clara diferenciación con el capitalismo de occidente, ha logrado –aún a costa de una represión brutal contra su población y el costo de millones de vidas humanas– sorprendentes resultados. El modelo chino da cuenta de una explotación, casi al límite, del ser humano para incrementar la producción del país y hacerla más competitiva a nivel mundial. De esta manera, produciendo a costos bajísimos, la economía china ha logrado posicionarse como el maquilador número uno de la industria del mundo, reduciendo así los costos de producción y maximizando, al mismo tiempo, las ganancias de las grandes multinacionales que acuden masivamente al gigante asiático para que manufacture y fabrique sus productos. Así, China se ha introducido subrepticamente en el aparato capitalista y, desde dentro de él, ha logrado obtener los mejores réditos. Ello, por supuesto, le ha conferido un lugar de máxima importancia en el panorama geopolítico del mundo y, gracias a ello, algunos prevén que, en pocos años, su poder podría llegar a ser el más alto del mundo.

De la mano de los conflictos sociales y políticos del siglo XX, el mundo parece haber emprendido un viraje global hacia la democracia. Más de dos mil años de monarquías e imperios, en muchos casos con difíciles condiciones para la población, han posicionado a este sistema político como una especie de panacea, sin atender al hecho de que no todos los pueblos del mundo están preparados para ese tipo de organización. Conflictos bélicos como la invasión a Irak, en el que el sistema gubernamental fue desmontado por los norteamericanos, fracasaron en su intento por imponer un sistema más participativo en pueblos acostumbrados, por miles de años, a responder a un sistema de poder jerárquico y piramidal. En la actualidad, varias naciones europeas han seguido un modelo mixto al que llaman social democracia, en el que el estado interviene directamente la economía capitalista para promover la justicia social. Muchos otros países adoptaron modelos parecidos como las democracias parlamentarias o las democracias presidencialistas, pero todos coinciden en permitir la participación popular en la toma de decisiones colectivas. En esencia, suena muy bien, pero la democracia aún adolece de extenderse

verdaderamente hasta terrenos donde las decisiones que tome el pueblo realmente puedan ser decisiones de largo plazo que transformen la vida de sus naciones.

La desigualdad social campea en el mundo del siglo XXI. De la mano de la economía, pero también de los conflictos políticos internos y externos, las naciones han labrado su presente bien sea en muy buenas, en regulares o en malas condiciones. El poder político ya no se centra únicamente en aquellos países que han ganado guerras mundiales, sino también, en aquellos que han sabido manejar su economía de acuerdo con las exigencias –muchas veces crueles– del mercado. Asistimos a un momento histórico en el que las tradicionales monarquías y los grandes imperios ya no dominan el mundo y, aunque en algunos casos se mantienen, ya no conservan la fortaleza y el poderío militar que decidían todo en el pasado. En casi todo el mundo, la dominación colonial ha terminado y ha dado paso a una dominación por medio de la economía global. El nuevo colonialismo es ejercido por la tecnología, las empresas que dominan el negocio de la Internet promueven invariablemente los valores estadounidenses y, de este modo, imponen en el mundo una especie de “imperialismo subconsciente” que todos abrazan porque la maquinaria del *marketing*, con ayuda de los perfiles que elaboran de los usuarios, muestra únicamente los momentos bonitos y vende la idea de un mundo fabuloso. No obstante, sólo aquellos que puedan pagar por él tendrán acceso al vasto mundo del futuro que se nos ofrece, al alcance de la mano, en nuestros teléfonos inteligentes. Los grandes conglomerados tecnológicos, como *Huawei, Apple, Samsung, Google, Tesla o Microsoft*, tienen el beneficio de manejar nuestra información y, con ello, pueden también imponer las reglas del comercio, la política, la educación e, incluso, la moral. Son quizá las empresas y no las instituciones sociales quienes rijan la vida del hombre en el siglo XXI.

El Cambio Climático

En medio de un contexto sociopolítico tan complejo, la preocupación por el futuro del planeta es otro de los grandes temas del siglo XXI. A todo lo largo de los últimos 150 años, la explotación de hidrocarburos y la minería han sido los motores principales de la economía mundial y, siguiendo la lógica expuesta en el punto anterior, de la política global. Sin embargo, esa dependencia casi exclusiva de los recursos naturales para mantener el desarrollo, comienza a “hacer agua” cuando vemos que fenómenos como la contaminación ambiental, la erosión de los suelos, las quemaduras sistemáticas, la explotación e, incluso, extinción de algunas especies animales o la escasez de agua y alimentos en algunas regiones del planeta, todo ello en beneficio de la generación de una riqueza que, indefectiblemente, se queda en manos de unos pocos.

Pese a que el cambio climático ha existido desde siempre, debido a lo cual a lo largo de la historia del planeta han existido glaciaciones, erupciones volcánicas y otros fenómenos naturales que han afectado la vida de todas las especies, durante la era post-industrial se han incrementado sus efectos y se ha despertado una conciencia global respecto de nuevos fenómenos como el calentamiento global y sus graves consecuencias para la economía, la sociedad y la misma supervivencia de la humanidad. De no tomarse correctivos inmediatamente, fenómenos como el aumento de la temperatura en el planeta, debido a la emisión incontrolada de gases de efecto

invernadero por parte de las grandes industrias, aumentará el deshielo de los casquetes polares y continuará subiendo el nivel del mar, matando especies enteras de animales y plantas necesarias para el equilibrio del planeta. Asimismo, se pueden presentar inundaciones que arrasen con la gran mayoría de las urbes y poblaciones costeras en todos los continentes, con lo cual la pérdida de vidas humanas y la afectación a la economía podrían ser incalculables.

Algo parecido podría ocurrir con la agricultura que, desde el comienzo de la historia ha sido el factor de supervivencia por excelencia, dada la posibilidad producir insumos suficientes para alimentar la población mundial. En caso de seguir sufriendo alteraciones climáticas, podría presentarse un desabastecimiento global con consecuencias desastrosas para la humanidad. Salvo algunos lamentables casos, en países como Haití o Etiopía, la hambruna mundial ha sido controlada, pero de la mano del cambio climático, amenaza con volver a afectar a una población que ya sobrepasa, fácilmente, los siete mil quinientos millones de personas en el planeta.

Existe un consenso internacional respecto a la necesidad de tomar medidas urgentes para la reducción de gases de efecto invernadero, la reducción del agujero en la capa de ozono y el control de la explotación minera en detrimento de los recursos naturales en todo el planeta. Sin embargo, patrocinadas por el modelo neoliberal y el capitalismo, siguen adelantándose prácticas lesivas como la minería ilegal en áreas ecológicas protegidas o el *fracking*, que emplea cantidades enormes de agua para fracturar las capas tectónicas más profundas en la búsqueda de crudo y gas. Tales prácticas, nuevamente, tienden a proteger los intereses de grandes compañías multinacionales pertenecientes a gigantescos grupos económicos en todo el mundo. Los Estados Unidos y China aparecen como los principales responsables de las mayores emisiones de CO₂ en el planeta, no obstante, en años recientes se han mostrado reacios a firmar los protocolos internacionales que propenden por la protección del medio ambiente, a través de la reducción de tales emisiones.

La protección consensuada y responsable del planeta y sus recursos debe seguir siendo un tema de capital importancia para las naciones del mundo, con miras a proteger no solo la calidad de vida, sino la supervivencia misma de la especie en el siglo que estamos comenzando. En ese sentido, organizaciones transnacionales como *Green Peace* o iniciativas personales como la adelantada por Greta Thunberg, en Suecia, son hoy pan de cada día y, poco a poco, empiezan a ganar más visibilidad en la vida cotidiana de las personas y en las agendas políticas nacionales e internacionales. El futuro de la vida en planeta está, necesariamente, ligado a las acciones que se tomen, colectivamente, para dar debida protección a los recursos naturales. Ello puede implicar tomar decisiones que cambien, de manera profunda, nuestros hábitos y nuestra forma de vida en lo referente al consumo que es, en últimas, el combustible que mueve al capitalismo.

El Arte y la Cultura

El abordaje de dos categorías tan complejas como estas, implica una mirada amplia y lo más desprovista posible de ideas fijas y prejuicios. A lo largo de la historia, el arte ha reflejado el momento particular que viven las naciones, convirtiéndose así en un termómetro de la vida

social, cultural y política de su tiempo. Es gracias a los artistas –escritores, poetas, pintores, escultores, compositores, actores, bailarines, fotógrafos o arquitectos– que hemos podido conocer con mayor profundidad los vericuetos del espíritu humano en momentos en que la humanidad afronta sus más profundas crisis. Los movimientos artísticos recogen, de un modo u otro, el sentimiento de una generación o de un grupo determinado de personas y lo plasman en un soporte, en una melodía o en un libro para dejar testimonio de lo que la historia hace en la conciencia colectiva de los pueblos. No corresponde aquí entrar a analizar casos concretos, pero los ejemplos abundan y, en general, toda apreciación de una obra artística puesta en función de la perspectiva histórica, permite una lectura de esta naturaleza.

Es verdad que algunos teóricos y representantes de ciertas vanguardias artísticas suelen objetar que el arte no tiene función social o histórica alguna, en defensa del argumento aquel de “el arte por el arte”, pero es innegable que una mirada a las expresiones artísticas de cualquier tiempo nos da una idea de qué está sucediendo y, de alguna manera, cuál es la posición del hombre frente a ello. Incluso artistas contemporáneos como Banksy, que prefiere no ser identificado y cuya obra resulta altamente disruptiva, entre otras cosas, por el hecho de sacar el arte de las galerías y museos para plasmarlo en cualquier pared de las calles de Europa o el Medio Oriente, nos habla de las contradicciones y discursos vigentes en este momento histórico de la humanidad. Igual que en los años veinte, hace ya casi un siglo, el arte vuelve a tomar un carácter político e influenciado por los movimientos y cambios sociales. Se perciben narrativas apocalípticas, ya no orientadas por las guerras mundiales, sino por una realidad aplastante en la que convergen diversos conflictos del individuo.

Sé, sin embargo, que todo intento por hablar del arte no es más que un punto de vista subjetivo y, por ello, si quisiera elaborar aquí un tratado a este respecto, seguramente me dirigiría a un experto. Pero, dado que este es un trabajo –ante todo– de reportería histórica, asumo el riesgo de contar mi propia percepción de las cosas para sentar la posición que tengo. El arte, como todas las demás expresiones del espíritu humano, experimenta la irrupción de la tecnología no solo como medio para la producción de obra sino, también, como un nuevo elemento en la vida cotidiana. Por esa razón, es común ver en festivales y bienales artísticas obras que hacen uso de pantallas, computadores, sistemas de sonido, luces láser, máquinas, redes u ondas electromagnéticas, entre muchas otras, para expresar lo que piensa el autor. Pese a que los artistas siguen haciendo uso de los soportes tradicionales, como el óleo, la madera, el plástico, etc., la exploración de nuevas técnicas y procedimientos, de nuevos medios para generar diferentes sensaciones en el observador, es un factor común que refuerza la idea de que arte no es solo representación sino, ante todo, sensación.

Este arte de las sensaciones permite, pues, todo tipo de técnicas y métodos independientemente del resultado estético que obtienen. La estética misma pasa a un segundo lugar o empieza a hablarse de otro tipo de estéticas más asociadas con la representatividad que hace de otros sentimientos humanos, hoy en día, más aceptados que antes. Es así que, actualmente, podemos hablar de diversas estéticas, de la fealdad o de la pobreza, por ejemplo, que anteponen otros criterios a las ideas tradicionales de belleza o armonía. Que exista un fenómeno como este no es poca cosa ya que, el hecho de que se redefinan los patrones y se reconozca que existen otras

formas de belleza, legitima los discursos de diversos grupos socioculturales, tradicionalmente ignorados e incluso segregados como los de la población LGTBI, el feminismo en todas sus variantes, los inmigrantes, las negritudes o las culturas indígenas, entre muchas otras que conviven en el seno de nuestras comunidades. El arte en nuestros días parece tener cada vez menos de representación y mucho más de expresión subjetiva, con lo cual las formas se van transformando en lenguajes cada vez más complejos y, quizá por ello, más alejados del público.

Esto, no obstante, también conduce a la implantación y popularización de esos mismos lenguajes, con lo cual se da origen a otros mensajes y otras formas de comunicación. Hace poco más de 500 años nadie podía imaginar que la gente lograra comunicarse de un modo distinto a la palabra oral, sin embargo, la imprenta dio origen a toda una nueva forma de comunicarse, de manera escrita, y popularizó grandes invenciones humanas como la literatura o la poesía y puso en marcha transformaciones sociales de la talla de la educación. Lo mismo ocurrió con la radio, el cine, la televisión y ahora está ocurriendo con la Internet. El lenguaje que hablan los internautas está lleno de nuevas palabras –*gif, meme, chat, tbt, blockchain, etc.*– que, a su vez, transforman el modo en que nos comunicamos. El arte se sirve de esos nuevos lenguajes y produce obras que dan cuenta de la inmediatez, la sencillez de los contenidos o la complejidad de las formas, que caracterizan el modo de pensar de quienes vivimos en el siglo XXI.

Por otra parte, el hecho de que la alianza entre arte –en su sentido puramente expresivo– y tecnología, esté dando voz a todas las personas, también abre paso a hibridaciones de todo tipo en las que los límites se vuelven difusos y así artistas, artesanos, músicos cultos y populares, escritores reconocidos y amateurs encuentren lugares comunes en las estéticas que favorece el mercado o en plataformas tecnológicas como los blogs, los podcasts o los videos, donde son igualmente valorados por el público y sus obras consumidas ya sea masiva o exclusivamente. La valoración del arte pasa, ahora, por otros elementos como los circuitos culturales en los que cada artista produce o las industrias culturales que lo agencian. Así el arte, no solo como expresión estética sino también como expresión cultural de una época y un lugar determinados, al mismo tiempo puede representar y ser vehículo de nuevos lenguajes que cambian la forma en que los humanos ven el mundo.

Una mirada rápida a las nuevas tendencias musicales y plásticas, al cine que la gente consume mayoritariamente, a las instalaciones y expresiones performáticas o dancísticas, a la literatura que se está produciendo y a las formas en que todas estas expresiones se están consumiendo –en visitas virtuales a los principales museos del mundo, en salas de cine que proyectan óperas, zarzuelas y espectáculos de ballet o danza contemporánea, en videos completos que se descargan y se llevan a todas partes en el teléfono inteligente, en listados de música y video en *streaming*, en tabletas electrónicas y dispositivos *Kindle*, etc.– nos muestra que el arte y las demás expresiones culturales ya salieron de los lugares que, hegemonícamente se habían arrogado el derecho de ser los “guardianes de la estética, la técnica y el buen gusto”, y ahora van con nosotros a todas partes. Las implicaciones de esto ya se están viendo, la expresión artística salió de las academias y quedó en manos de la gente. Asistimos a una especie de arte *DIY* –Hágalo usted mismo–, como usted quiera, desde su celular, desde su ordenador portátil, difúndalo en

sus redes sociales, mantenga su propia comunidad de seguidores y deje que los “me gusta” validen, una y otra vez, su posición. Qué importa la crítica si, hoy en día, todo se vale. Al fin de cuentas, el único juez con autoridad para aprobar o rechazar lo que usted hace es el mercado, pero ya no solo ese que monetiza sus creaciones, también aquel de la masa informe de pantallas táctiles y dispositivos portátiles que inundan, inevitablemente, nuestra cotidianidad.

SEGUNDA PARTE: LA PROPUESTA.

RED 5E

Una Red limpia

COMPONENTE TECNOLÓGICO

- Sistema VPN, con sus propios navegadores y servidores.
- Conexiones directas punto a punto.
- Control de acceso con sistemas y protocolos altamente seguros.
- Tecnología *blockchain*.
- Páginas con fecha de vencimiento.
- Actualización permanente de la información.
- Recolección de información personal, únicamente para perfilar usuarios.

COMPONENTE ECONÓMICO

- Economía del débito, no del crédito.
- Usuarios trabajan durante un año para acreditar unidades de valor que podrán gastar.
- Transacciones a través de criptomoneda, respaldada por el trabajo del usuario en la Red.
- Es posible trabajar en la Red o invertir en ella.
- La riqueza no se hereda. A la muerte del usuario, es reabsorbida por el sistema para el bien común.
- No explotación económica.
- Valoración de la experiencia: aumento anual del 10 % en el pago por actividades para la Red.

COMPONENTE MORAL/SOCIAL

- Código Moral con 5 principios universales básicos.
- Cualquier contenido que se quiera subir, pasa antes por un filtro para saber si se ajusta a los 5 principios.
- Filtros por grupos de 5 personas para la toma de decisiones.
- Si los grupos no llegan a acuerdo, se llama a otras dos personas para ampliar debate.
- La participación en los grupos se paga. Si alguien no quiere participar, podrá pagar a otro para que lo haga por él.
- Revaloración de las actividades productivas: trabajos considerados menores, se pagan muy bien.
- Rigor, disciplina, creatividad, libertad.

Fig. 2. Principales componentes de la Red 5E.

En un contexto tan complejo como el que acabamos de ver, con una mezcla tan variada de matices, razones e intereses personales y comunes, es inevitable pensar que nos encontramos *ad portas* de un cambio global de enormes proporciones. El termómetro de la historia muestra, cada determinado tiempo, cómo la situación de las naciones va llegando a límites insostenibles y, de un modo u otro, termina estallando en enormes revoluciones. El caso de Francia, previo al estallido de la Revolución, es ejemplarizante: los nobles, a mediados del siglo XVIII, vivían tan alejados de la difícil situación del pueblo, que siempre se recordará la historia de María Antonieta comentando, al enterarse de que la gente protestaba porque no tenía harina para fabricar el pan, “si no tienen pan, que coman pasteles”. Años después estallaría la Revolución Francesa, que no solo acabaría con la vida de muchos nobles, sino que aboliría la monarquía y daría origen a la república, hoy en día la forma de gobierno oficial de muchos países alrededor del mundo. En la actualidad, sin que se hable de ello abiertamente, los privilegios de un amplio sector del primer mundo, son completamente ajenos a la situación de millones de personas en diferentes partes del planeta, donde se vive en la miseria y la esclavitud, solo que ahora bajo la figura de la mano de obra barata para las compañías multinacionales. El privilegio o la carencia ya no vienen únicamente por el linaje o la familia, sino por haber nacido en un país del primer, el segundo o el tercer mundo, según la clasificación que se estableció durante La Guerra Fría y que, hoy en día, aún se usa para determinar las naciones con un alto índice de desarrollo humano.

Mientras se escriben estas letras, el mundo se encuentra confinado por efecto del coronavirus, la economía del planeta amenaza con sufrir una crisis significativa debido al cierre de los mercados, que ha obligado a la humanidad a consumir únicamente las cosas esenciales para su supervivencia: comida y medicamentos. En tanto la ciencia no logre encontrar una vacuna eficaz para hacernos inmunes al virus, las medidas que se tomen únicamente servirán para controlar su expansión y seguiremos siendo particularmente vulnerables a la muerte. Muchos estudiosos y personas del común, piensan que este es el primer fenómeno global del siglo XXI, después del cual, el mundo no va a ser el mismo, no solo por efecto de la crisis de salud o sus consecuencias económicas, sino porque va a cambiar nuestra forma de relacionarnos. Probablemente, a partir de ahora, tendremos que empezar a cuidar nuestras distancias sociales, habrá que controlar los contactos personales –no solo íntimos o familiares– sino en medio de situaciones públicas, como el simple hecho de saludar. El virus nos arroja, una vez más, a los dominios de la tecnología. A ese respecto, algunas teorías conspirativas especulan que el COVID-19 se propaga más fácilmente en regiones donde ya se ha implementado el 5G, dado que la radiación de los equipos, presumiblemente, afecta las defensas de las personas. Por supuesto, aún no es posible verificar la veracidad de estas teorías, pero sí nos dan una idea de cómo sectores de la sociedad relacionan crisis y tecnología.

Es este el contexto en el que nace esta propuesta. En la invitación a pensar, a dudar acerca de la realidad tal y como se nos presenta. Siempre hemos hecho las cosas de la misma manera y, por eso, pensamos que están bien, que son lo correcto. Asumimos el orden actual como si fuera una ley única e incontrovertible, pero queremos imaginar un mundo distinto, con otras formas de hacer las cosas sin aprovecharnos unos de otros. Un mundo en el que los elementos estén al servicio de la humanidad y no al revés, en el que las tecnologías de la información y la

comunicación sean mucho más que meras herramientas para facilitar la vida del hombre, un mundo en el que estas sean, al mismo tiempo, un medio y un principio organizador. En este ideal, tecnología y comunicaciones se unen en un mismo circuito dinámico para hacer circular la información que requiere la sociedad. El resultado es una amalgama de medios y mensajes donde tienen lugar las instituciones sociales: la familia, la educación, la economía, la democracia y la religión. Estas, en su conjunto, determinan los valores generales que rigen la vida humana. Propongo, entonces, que, asumiendo el papel primordial de la tecnología y la comunicación en la vida social, se promueva un modelo de organización global en el que todos los aspectos de la vida estén oficialmente conectados en red, sin un mando central, y con un poder distribuido en todos los usuarios para decidir colectivamente y optimizar el desarrollo de la humanidad en igualdad de condiciones para todos. A continuación, se exponen los primeros elementos que, a mi juicio, deben ser tenidos en consideración para diseñar el modelo y ponerlo en marcha. Sé que es aún una idea incipiente, pero cuento con que el paso del tiempo permitirá ir sumando nuevos miembros a esta causa para enriquecer su filosofía, su diseño y, ojalá, también su implementación.

El libre acceso a tu información

Si bien es cierto que la Internet, las redes sociales y los sitios web son de común acceso a una buena mayoría de los habitantes del planeta –en tanto tengan los dispositivos necesarios para acceder a ellos–, también lo es que estas plataformas utilizan su poder para acceder libremente a la información de todos, sin el consentimiento pleno de sus usuarios. Y, en un mundo cuya economía depende del mercado, la información resulta un bien primordial para personalizar la oferta y así garantizar una constante demanda. Eso por no volver a mencionar los réditos políticos que, últimamente, se han sacado de estas bases de datos alrededor del mundo. Al aceptar los términos de un contrato para acceder a una red social como Facebook o Instagram, así como a cualquier aplicación que se instala en un *Smartphone* o en un computador, el usuario le da vía libre a esas compañías para que puedan acceder a la totalidad de su información personal, domicilio, teléfono, edad, historial académico y laboral, gustos personales, fotografías, videos y demás detalles de su vida, con un nivel de precisión que ni sus familiares o parejas pueden alcanzar.

Un solo *click* vale para comprar todo lo suyo, y con él, usted renuncia a los derechos sobre su esfera privada, no solo por un rato, sino para toda la vida. En la mayoría de países del mundo, los consumidores están amparados por una serie de derechos que protegen su información personal, entre otros aspectos. Sin embargo, en materia de consumo digital, las leyes son vagas e imprecisas, más aún tratándose de regular algunas de las empresas más grandes del planeta como Apple, Microsoft, Amazon, Google, Facebook o Alibaba. Con estos gigantes empresariales, el desconocimiento de los derechos del usuario pareciera ser la verdadera ley. Es verdad que todos esos sitios siempre presentan los términos y condiciones de los contratos que suscriben “gratuitamente” con el usuario, pero la información es presentada de manera tal que nadie quiera leerla: letras diminutas y una infinidad de artículos, cláusulas e incisos, que rara vez, alguien se toma la molestia de leer. Igual, no es su culpa que el usuario prefiera obviarlos, al fin

y al cabo, ellos le están proveyendo el servicio que prometen y cuentan con la libre aceptación de sus clientes. Si alguien se tomara el trabajo de leer detenidamente las cláusulas, encontraría que la mayoría de las veces están redactadas de manera tal que sea difícil comprender sus alcances, con dobles negaciones o figuras retóricas, ya que su intención es que los usuarios no puedan apagar los sistemas de grabación o de captura de detalles, para seguir haciendo un *profiling* de estos todo el tiempo. Gracias a esto reciben información para construir una base de datos que envidiaría cualquier empresa en el mundo.

Seguramente, alguien objetará que eso no es malo. Hay que presumir que el usuario no es del todo inocente y sabe que, en el fondo, esta es una transacción en la que ambos (Compañía y usuario) dan y reciben. Aunque este último no se entere del gigantesco análisis de datos que se pone en marcha con su información, a cambio de lo que “recibe”. Sin embargo, cuando encontramos que un buen porcentaje de los contratos que se suscriben en Internet son falsos, realizados con y/o por empresas fantasma que, en muchos casos recaban información de los usuarios para cometer actos ilícitos, es muy claro que algo no está funcionando bien. Este es un problema creciente de la actual Internet (La que todos utilizamos, donde la información es controlada por los grandes buscadores y empresas tecnológicas). Aún sin referirnos a la Red Oscura (O *darknet*, que funciona como un mercado negro en la Internet), páginas y entradas maliciosas siguen apareciendo cada día y cometiendo fraudes y otros delitos a la vista de todos. Sin embargo, es quizás menos notorio, pero a la larga más grave, que las grandes compañías hagan un uso poco ético de esa información que el usuario, inocentemente, les provee a cambio del uso de sus aplicaciones. Algunas estadísticas de años anteriores, estiman que el ingreso mundial por fraudes electrónicos es incluso mayor que el del narcotráfico. En 2015, de acuerdo con datos de la firma internacional Digiware, el impacto económico de esa actividad fue de USD\$ 3 trillones a nivel mundial, frente al del narcotráfico que alcanzó USD\$ 1 trillón.

Internet es una estructura global con muy pocas reglas generales. Es difícil alegar en contra de ella porque, en general, hay pocas instancias ante quien quejarse. En muchos países hay ciertas regulaciones, siguiendo el Principio de Neutralidad en la Red, pero siguen siendo incipientes frente a la dimensión del fenómeno que enfrentan. Por ejemplo, hay reglas en contra de la pornografía infantil o el uso de imágenes sensibles en algunas aplicaciones, pero ante la enormidad de la red, los usuarios siempre encuentran la forma de quebrantar las leyes y seguir perpetuando el problema. El hecho de que toda la red – usuarios, páginas y empresas– no se levanten frente a esta situación, probablemente se deba al temor de que cualquier intento por regular el uso y los contenidos pueda ser tomado como censura o coerción al libre acceso a la información. Claramente es un dilema muy difícil de sortear porque el establecimiento de límites entre lo que está permitido y lo que no, necesariamente favorece a unos y perjudica a otros. Sin embargo, es posible si se logra llegar a un acuerdo sobre los valores fundamentales a proteger para que no haya delitos ni actividades ilegales en la red.

Estas actividades van mucho más allá de estafas y robos, utilizando la Internet también se presentan diferentes tipos de tráfico, suplantación de personas y diversos delitos contra la infancia, que deben ser prevenidos y erradicados. Igualmente, se reportan casos de personas que, de pronto, encuentran que su fotografía está siendo utilizada en otra parte del mundo para

hacer memes, videos o, en el mejor de los casos, imágenes publicitarias sin su consentimiento. Por supuesto, tampoco reciben ningún dividendo por la utilización de su imagen, aún cuando hay personas y compañías que pueden estar ganando dinero con esta. Lo correcto sería que las distintas aplicaciones, redes y sitios web le aclararan al usuario que, en adelante, serán co-dueños de su información y que tienen derecho a venderla o explotarla con fines comerciales, mercantiles o políticos. Lo correcto sería, aún más, que las compañías no pudieran quedarse con esa información para siempre o que ese permiso que los usuarios dan, pudiera renovarse periódicamente, de modo que estos pudieran decidir sobre el uso de sus propios datos personales. En la actualidad, ya existen interesantes proyectos al respecto, como Solid (*Social linked data*), que ofrece un conjunto de convenciones y herramientas para crear aplicaciones sociales descentralizadas, en las que los usuarios son dueños de sus datos. No obstante, aún está lejos de ser universal y solo soluciona la parte de propiedad de la información. La implementación de la tecnología *blockchain*, en todos los procesos, podría ser una solución mucho más efectiva ya que permitiría ejercer un control global y descentralizado de estos.

En concordancia con lo anterior, también debería haber algún tipo de control sobre el “rastreo” de datos, a través de *cookies* y otros sistemas con que las grandes compañías perfilan el gusto de sus usuarios como consumidores. De esta manera, aunque parezca un poco extremo, la relación entre redes y usuarios sería mucho más honesta. Internet está plagado de todos los casos anteriormente mencionados, solo que no nos damos cuenta de ello o, simplemente, no nos importa porque no vemos la dimensión de cuánto nos afecta. En una situación ideal –como la **Red 5E**, que aquí se propone– ninguna de las empresas prestadoras de servicios tecnológicos y de comunicaciones recopilarían la información de sus usuarios. Sólo la Red podría hacerlo, de manera anónima y sin propósitos comerciales, para construir perfiles que permitan la agrupación de personas con intereses similares para el proceso fundamental de tomar decisiones colectivas en favor de la humanidad. Bajo este precepto, la Red no le pertenecería a nadie distinto de los propios usuarios. Gobiernos ni empresas multinacionales tendrían acceso a la información de los perfiles y grupos creados, estos sólo existirían para constituir los “filtros” que necesitaría el sistema a la hora de decidir.

Podría decirse, no obstante, que algo así ya existe y se llama Google, pero la forma como ellos comercian con la información que allí circula, pone en cuestión la bondad de sus propósitos y la ética de sus procesos. El mundo necesita la tecnología y sus redes de información trabajando para humanidad, no al contrario, no solo para beneficio de unos pocos o de un determinado conglomerado empresarial. Desde esa perspectiva propongo, entonces, la creación de una *megared alternativa*, que pertenezca a los usuarios, que no solo funcione como administradora de la información en el mundo, sino que logre integrar a toda la humanidad para trabajar, sistemáticamente, en beneficio de todos. De eso se trata esta propuesta, de describir un sistema que, de un modo u otro, se abrirá paso en los tiempos por venir. No es posible demostrarlo científicamente, pero pienso que es el nuevo salto que la humanidad dará en su evolución. El propósito de los siguientes párrafos será, pues, mostrar cómo creo que esta red, la **Red 5E**, podría ser.

Una red limpia

La humanidad necesita una red que juegue, totalmente, a su favor. Sin restricciones ni censuras. Una red libre de verdad, con principios morales universales por encima de religiones, gobiernos e instituciones. Sin agendas ocultas ni segundas intenciones, sin poderes corporativos de ninguna índole, que puedan tomar ventaja de los usuarios. Una red que deje en manos de estos la decisión de a qué contenidos quieren acceder y qué otros prefieren no ver. Una red que no utilice su información personal para volverla en su propia contra o para venderle cosas innecesarias por el puro propósito de movilizar el mercado. La humanidad necesita dejar atrás este tiempo de redes oscuras donde, amparadas por el anonimato, personas inescrupulosas se aprovechen de la gente y pueden actuar con toda libertad. Tal vez parezca una contradicción, pero al tiempo que las personas necesitan más amplitud de decisión, también deben tener claros los límites mínimos de una restricción: en un mundo ideal, nada de lo que se haga en la red puede poner en riesgo la vida o la honra de los demás. Una cosa es tener multiplicidad de opciones y otra extender una patente de corso a todo el mundo para que haga lo que quiera, por encima de quien quiera.

Volvamos, entonces, a pensar en una alternativa distinta: una Red global que, con el tiempo, llegue a constituir un nuevo sistema para regular la vida social. Con nuevas reglas de funcionamiento para garantizar que haya equidad y transparencia en las cosas que tienen que ver con todos. Para eso, la **Red 5E** desarrollará sus propios sistemas de organización vinculando a cada uno de los usuarios a los filtros de decisión que tengan lugar, a través de eventos *blockchain* donde todos tengan que dar su aprobación a cada nueva cosa que se realice en ella. De esta manera, se garantizará que el poder esté distribuido, uniformemente, entre todos los usuarios y que no lo detente una sola persona, gobierno, organización internacional, grupo religioso o compañía. La Red funcionaría con sus propios navegadores y un circuito de servidores repartidos por todo el mundo para que el tráfico que se hagan en ella sea anónimo, legal y seguro.

Es importante insistir en que una red de estas características, deberá estar por encima de gobiernos e ideologías, de religiones y grupos económicos, de intereses personales e iniciativas particulares. Sabemos que, en muchos sentidos, esto suena como una utopía ya que ¿cómo habríamos de convencer al individualista mundo neoliberal de abandonar sus propios intereses y sacrificarlos en beneficio de toda la humanidad? Sin embargo, la propia realidad nos está mostrando cómo la solidaridad, no el individualismo, es la respuesta a los problemas que aquejan al mundo. Al analizar las cosas más detenidamente, vemos cómo todo esto ya es una realidad en la vida práctica: la crisis del coronavirus está activando redes de solidaridad entre naciones que sirven para que unos y otros superen colectivamente sus deficiencias. Pero no sólo eso. hoy en día utilizamos la red para el contacto virtual en comunidades, el teletrabajo, la enseñanza-aprendizaje, la difusión local de noticias, la denuncia directa de situaciones anómalas, la caridad, etc. La realidad, pues, nos alienta a pensar que este es el camino correcto y que una propuesta de esta naturaleza es posible, en el mediano o corto plazo, en tanto logremos establecer un diálogo global y llegar a unos mínimos acuerdos que se centren en lo esencial y sean lo más claros posible, para que todo el mundo los comprenda y esté de acuerdo en seguirlos.

La Red 5E no le pertenecerá, pues, a nadie. Será de todos y ha de ser un organismo dinámico que funcionará como una herramienta para organizar la sociedad humana. El dinamismo de la Red, se refiere a que sus reglas, aunque sólidas y universales, también podrán mutar y adaptarse a los nuevos requerimientos de los tiempos. Ya que se alimentará con la información de todas las personas –con muy altos estándares de confidencialidad– funcionará como una conciencia colectiva, un archivo gigante de toda la información del mundo cuyas entradas serán validadas, valoradas y renovadas anualmente, para garantizar su pertinencia y actualidad. Su autoridad emanará del todo y no de ninguna de las partes. A pesar de ello no pretende imponer ningún tipo de modelo que pueda calificarse como “comunismo” o “fascismo cibernético”, ya que su poder no estará ligado a autoridades partidistas de ninguna índole. Por supuesto, habrá de tener un momento de iniciación y unas reglas o acuerdos mínimos que serán definidos con ayuda de todos sus miembros. Los datos y detalles de todo el sistema, por seguridad, serán guardados utilizando formas inteligentes de archivo en línea, de manera que no haya un lugar físico de archivo que sea susceptible de fraudes o ataques para causar daño a la Red misma. Nuevos desarrollos tecnológicos, como el Internet de las Cosas –*IdC*–, ya están implementando sistemas de estas características. Las reglas de la Red no podrán ser cambiadas según ningún capricho particular, ya que todo en ella deberá hacerse por la vía del acuerdo común y la tecnología *blockchain*. Para adelantar la labor de reorganizar la vida social, contará con personas que trabajarán para ella, a fin de permitir su funcionamiento y, al mismo tiempo, generar valor para el movimiento de su economía. Será un organismo transparente en el que sólo el sistema tendrá acceso a los datos para organizar *clusters* cuando se presenten pruebas de entrada –toda información nueva en la Red deberá ser validada antes de ser aceptada– o vencimientos –toda página o portal ha de ser revalidado anualmente–. Asimismo, el sistema podrá acceder a la información por razones estadísticas.

La **Red 5E** es una red completamente nueva, con navegadores y servidores propios dentro de la estructura de Internet existente. En la actualidad, cuando uno navega en la red abierta, lo que hace es tomar una ruta de acceso que identifica su dirección IP y guarda una huella de todo lo que cada quien hace en la red. **5E** constituirá una nueva ruta de acceso a todo un mundo de usuarios trabajando, mancomunadamente, para facilitar la vida de todos. Lo que este proyecto busca es generar un cambio colectivo en la forma como entendemos y utilizamos la Internet, un cambio que traiga beneficios no solo para los usuarios de la **Red 5E**, sino que pueda promover transformaciones en el mundo “real”. Solo desde una conciencia colectiva, que puede empezar con un pequeño grupo de usuarios y luego seguirá creciendo lentamente, será posible el proceso de empezar a usar la Internet de un modo diferente, menos utilitario y desigual, más a favor de las personas, más altruista. Consideremos por un momento el hecho de que, hoy en día, todos pensamos que esa red hace mucho por nosotros ya que nos está permitiendo funcionar como sociedad, desde lo laboral, lo educativo o el entretenimiento. Imaginemos, ahora, lo que podría hacer por nosotros si la utilizáramos más conscientemente, de un modo no solo comercial, las posibilidades son infinitas.

El contenido que se publique en la **Red 5E** será, completamente, limpio porque siempre será sometido a varios filtros que verifiquen su autenticidad, su legalidad y su necesidad a la luz de los derechos de todos y de los principios del código moral. Lo será en el sentido de no perjudicar a

nadie en su vida o en su dignidad. Para ello, promoverá el uso responsable de las tecnologías de la información y la comunicación de acuerdo con la edad de sus usuarios. Igualmente, deberá definir las categorías correspondientes a infancia, adolescencia, juventud, adultez y madurez, no solo desde una perspectiva biológica, sino también mental utilizando, por ejemplo, los aportes de la Psicología del Desarrollo, entre otras, de modo que pueda organizar en consecuencia sus contenidos. No se trata de una censura, sino de contar con un principio ordenador consensuado según el código. Para garantizar esto, la **Red** contará con mecanismos de control que se expondrán más adelante y que regulen la información que circula entre los usuarios. El Principio de Neutralidad de la Red garantiza que se trate por igual a todos los proveedores de servicios e informaciones en Internet, sin favorecer a los grandes conglomerados ni a quienes quieran pagar más por privilegiar su información sobre la de sus competidores. De esta manera, los mecanismos de control podrían operar con independencia y garantizarían tanto la calidad de los contenidos como su pertinencia y su vigencia. Antes que prohibir, de lo que se trata es de crear las condiciones necesarias para que toda información sea posible sin que pueda constituir un daño para nadie. Esto es, sencillamente, una organización responsable de los contenidos.

El Filtro

Una de las principales características del sistema en la **Red 5E**, es la existencia de una serie de filtros que permitan evaluar la información que se va a poner en circulación, de acuerdo con los postulados universales del código moral. Tal y como se ha señalado anteriormente, se entiende la Red como un sistema organizativo común en el que todos los usuarios tengan la posibilidad de gozar de iguales beneficios, en condiciones similares y, por eso mismo, con la participación activa de todos sus miembros. Esto quiere decir que, de un modo u otro, todos los usuarios deben trabajar para la Red dado que esta es el bien común más importante. Los filtros, entonces, no son únicamente técnicos, es decir, que las páginas que cumplan con todos los requisitos de capacidad, velocidad y calidad audiovisual, por ejemplo, sino que, además, hay filtros de tipo humano. Estos tienen la misión fundamental de evaluar los contenidos que se suban a la Red, a la luz de los principios morales que la rigen. Como se verá más adelante, al decir “moral”, no nos estamos refiriendo a una estructura de pensamiento absoluta e inflexible, que resulte una camisa de fuerza en un régimen dictatorial. Más bien, es un sencillo marco jurídico que regulará los contenidos para garantizar que todo el mundo pueda acceder a ellos, poniendo en equilibrio la libertad de elección, pero a la vez, el derecho fundamental de todos.

Al momento de entrar a formar parte de la Red, el sistema se encargará de hacer un perfil del usuario en el que se incluirá toda su información personal (Nombre, identificación, datos de contacto, nivel de escolaridad, gustos y aficiones, ocupación, etc.) con el único fin de identificar, con alto grado de exactitud, a todos sus miembros y saber en qué áreas técnicas o profesionales sería posible contar con su participación. Como se mencionó anteriormente, la información de estos perfiles, únicamente tiene un propósito estadístico y no será de dominio público, con lo cual no podrá ser utilizada para fines comerciales, políticos o, incluso, científicos sin autorización clara y expresa del usuario. No con un simple *click*. El contar con una base de datos como esta, le permitirá a la Red poner en funcionamiento el sistema de filtros que se requiere para dar solución

a los diferentes “problemas” que incumben a la Red, así como para recibir sugerencias, resolver disputas, concebir y desarrollar planes futuros y promover discusiones democráticas acerca de diferentes temas. En este sentido, lo que se busca es contar un método participativo para el análisis y la solución de esas situaciones. Cada entrada, cada página, cada contacto o servicio que quiera hacerse circular tendrá que pasar por el filtro básico del Nuevo Código Moral para garantizar que la **Red 5E** sea verdaderamente limpia, actual y democrática.

Cada vez que se presente una situación problemática –entendida en el sentido general del término, es decir una situación que afecta de alguna manera a una comunidad– Con la información de los perfiles de usuarios, la Red seleccionará un grupo de cinco (5) personas que, según sus habilidades y destrezas, pueda hacerse cargo de la solución. El número será impar, con el fin de que las votaciones que se hagan conduzcan a un veredicto en forma sencilla. Si este grupo de personas, en un tiempo razonable según la complejidad del problema, no logra ponerse de acuerdo respecto a una solución, la Red convocará dos (2) personas más para ampliar el rango de discusión y, nuevamente, asignará un tiempo determinado para que se pronuncien. Esta es, quizá, la función principal de **5E**. Por lo tanto, todos los usuarios –sin distinción de posición, ocupación, nivel económico, nivel educativo, sexo, raza o religión–, deberán participar de estos filtros cada vez que la Red los convoque. Por razones de fuerza mayor o simplemente porque prefiere abstenerse, una persona podrá ceder su lugar en el filtro para el que ha sido convocado, pagando a otro usuario una suma establecida por el sistema, de modo que lo reemplace en estas funciones.

De esta manera, el filtro será la puerta de acceso a la Red para todos los contenidos. Igualmente, cumplirá la función de revisar, periódicamente, la validez de estos en términos de su vigencia en el tiempo, su pertinencia para el grupo al que están destinados y su aporte para el bien de todos. Para esto, la Red también convocará a un grupo de personas que constituirán un filtro evaluador que, basado en la experticia de sus integrantes, podrá tomar decisiones para la revocatoria de una determinada página o podrá emitir recomendaciones para el mejoramiento de la misma en un tiempo establecido. Como se explicará más adelante, estas labores en beneficio de la Red –que como se ve, son también, en beneficio de todos– serán reconocidas con un pago apropiado a la complejidad del proceso.

La organización necesaria para desarrollar una Red como la que aquí se propone (el conjunto de la sociedad, la naturaleza, la tecnología con el Internet de las Cosas –*IdC*–, robots y drones trabajando conjuntamente), requiere, por una parte, aprender a convivir con máquinas cada vez más inteligentes y autónomas, y por otra, una distribución horizontal del poder, de modo tal que este derive *de* y repose *en* todos sus usuarios, no en un gobierno o en un conglomerado de empresas. Esto significa que todo lo que ocurra dentro de ella deberá contar con la participación de todos para garantizar neutralidad, transparencia y el equilibrio necesario para abordar los problemas mundiales presentes y futuros. No significa que todos deban estar en todo, pero sí que todos tienen, al mismo tiempo, el derecho y la obligación de participar en las actividades que movilizan la vida social del colectivo.

De esta manera, como en la Atenas de la antigüedad, todos los ciudadanos son dueños y responsables –en el sentido de “responder por”– de la Red como elemento integrador y facilitador de la vida social. Para ello, cada usuario deberá colaborar, cuando se le requiera, en las tareas de su competencia. Lo que se busca con esto es hacer que las decisiones que afecten a todos o a una buena parte de la sociedad, no dependan únicamente de un sujeto –que normalmente tiene algún interés particular en el asunto–, sino que sean el resultado de un filtro en el que se da una deliberación más amplia, llevada a cabo por personas neutrales, con diferentes puntos de vista y que, por ello mismo, produzcan un resultado más justo. Un sistema como este tiene la facultad de legislar para las mayorías, excluyendo los intereses personales y restituyendo el equilibrio entre diferentes sectores, así como entre la humanidad y el planeta.

Los usuarios podrán decidir, igualmente, si quieren trabajar y/o aportar para la Red en cualquiera de las actividades necesarias para su funcionamiento: diseño, programación, análisis, finanzas, revisión de páginas o aplicaciones, desarrollo de formas de diversión o entretenimiento, así como producción de cualquier información o aporte para el sistema. Toda actividad en este marco será considerada “trabajo / aporte” para la Red. Como en cualquier empresa, toda labor que se realice para ella recibirá un pago, en criptomoneda, de acuerdo con el valor que se establezca. Por supuesto, las personas también podrán elegir trabajar en sus propios negocios o para empresas diferentes, pero cuando se les requiera, han de participar en lo que la Red les demande según su especialidad particular. El filtro, ese sistema decisorio y de trabajo por el bien común garantiza, por una parte, la neutralidad y la equidad de las acciones que afectan a todos y, por otra, el fomento de la consciencia de grupo como factor de unidad y desarrollo para la sociedad. Si alguien, una empresa o un gremio determinado pueden intervenir de alguna manera en las decisiones que le conciernen y se van a tomar, pueden presentarse casos de corrupción y, por eso, el sistema impide que participen.

El filtro resalta la importancia de todos los usuarios de la Red ya que, en algún momento, todos deberán formar parte de uno o más filtros de acuerdo con su área de especialización. El sistema requiere los servicios de todos y, en ese sentido, promueve también un modelo democrático en el que cada uno de los usuarios es tenido en cuenta para la realización de diferentes procesos. Esta visión orgánica de la Red también se alinea con una visión equilibrada de la vida en el planeta, donde este no es un recurso sino una fuente de vida.

Páginas con fecha de vencimiento

Otro de los problemas importantes que tiene la red abierta, es que está inundada de basura: sitios web fuera de servicio hace tiempo, perfiles y usuarios falsos por doquier, *fake news* que se ponen a circular para favorecer intereses particulares, etc. En línea con lo que se estaba discutiendo en el capítulo anterior, es necesario establecer mecanismos para poner freno a ese desorden que, fácilmente, conduce al delito informático. Lo primero que debería implementarse, entonces, es el establecimiento de “fechas de vencimiento” para todas las páginas web que se publiquen. De esta manera, la información que estas proporcionarán siempre estaría vigente y aportaría un valor real a los usuarios. Todo contenido que se publique, al momento de perder

actualidad, será ocultado de la vista de los usuarios hasta que sea modificado y aprobado por el filtro correspondiente, o clasificado para disponibilidad de consulta en los sitios apropiados –enciclopedias en línea, bibliotecas o archivos históricos de periódicos, universidades o institutos– pero, en todo caso, se les daría tratamiento de información de archivo para que no indujeran a error a los usuarios. Ahora bien, el hecho de que un usuario no encuentre ningún valor particular en el contenido que ofrece determinada página o si, simplemente, no gusta de ella –como puede ocurrir con las páginas de sexo, por ejemplo– no es razón suficiente para rechazar su entrada en la Red, siempre y cuando ésta mantenga su vigencia y cumpla con los principios generales acordados.

Con una fecha de vencimiento las páginas web se verían obligadas, pues, a trabajar activamente en la calidad y pertinencia de su información. Las búsquedas se optimizarían porque no se organizarían únicamente por palabras clave o según la cantidad de dinero que inviertan para aparecer primero en los buscadores, sino más bien por su actualidad y vigencia. La industria de la información ganaría en dinamismo y en honestidad para con sus consumidores. En la actualidad, si uno busca en Google la palabra “Neoliberalismo”, por ejemplo, el primer vínculo que aparece es a Wikipedia, editada el 11 de abril, pero como se sabe, alimentada por cualquier usuario, no necesariamente un economista o un académico, sino que también podría ser autoría de un estudiante de secundaria. El segundo vínculo es a una página llamada Significados, actualizada el mes pasado –marzo de 2020– pero con un artículo escrito a principios de los años 90’s y, el tercero, a una revista llamada Nueva Sociedad, que nos muestra un artículo publicado en abril de 2009. El texto más robusto es este último, pero evidentemente no aborda ninguno de los desarrollos que ha habido en esa teoría económica en los últimos once años. Es posible que el autor aún piense así y en ello pueda radicar su vigencia, pero en rigor, para seguir estando en el sistema, su artículo debería incluir los *links* a desarrollos más recientes. Por supuesto, alguien podría objetar que esto se debe a la complejidad de la palabra que elegimos para el ejemplo. Sin embargo, en los actuales motores de búsqueda, el criterio de presentación de la información es igual en todas las categorías excepto en entretenimiento, donde cantantes de moda o *YouTubers*, por obvias razones, dan acceso en primer lugar a sus más recientes lanzamientos.

El ejemplo anterior también es útil para señalar cómo el trabajo en los filtros –cuando se hace una deliberación o una evaluación– es una actividad de gran responsabilidad, al tiempo que puede resultar interesante, o incluso divertido, porque relaciona personas de diferentes sectores para confluir en el estudio de una situación especial. Los miembros de estos comités son personas con experiencia en cada uno de los temas que, sin embargo, no se repetirán para garantizar así un flujo permanente de nuevas ideas que aporten al problema. Por supuesto, como todo conocimiento, este es acumulativo, de modo que si alguien aporta una buena idea una vez, esta sea susceptible de ser mejorada cada vez que un nuevo comité se reúna y eso, también, conducirá a que todas las personas, al tiempo que trabajan en diferentes casos, se vayan actualizando permanentemente.

A través de la revisión periódica de las páginas, también se pueden evitar falsificaciones en la Red. Los filtros tecnológicos y humanos, a través de la tecnología *blockchain*, se encargarán de

validar todas las páginas y contenidos que circulen. En el caso de los usuarios, los datos personales deberán actualizarse obligatoriamente cada año. También, con ayuda de esa tecnología, cada persona podrá realizar el procedimiento y determinar si quiere dejar su información en modo visible u oculta para el usuario común. De esta manera también se protegería a las personas evitando que queden rastros suyos en la red que, más adelante, pudieran ser utilizados para cometer fraudes, suplantaciones o, simplemente, para venderles cosas. La información recolectada con esta actualización periódica de datos sería, en cambio, utilizada para la actualización de Perfiles de Usuario que le darían al sistema información vital para la organización de filtros humanos, según se explicó anteriormente.

Darles un vencimiento a las páginas web permitirá, en suma, limpiar la red en beneficio de la transparencia, la agilidad y el derecho a acceder a información de calidad. Esto redundará, también, en la seguridad informática y, como veremos, en mejores posibilidades de organización social para beneficio de toda la humanidad.

De la seguridad en la red

En consonancia con lo anterior, garantizar la seguridad de las transacciones, movimientos e interacciones debe ser una de las tareas fundamentales de la Red. Construir y fortalecer la confianza de los usuarios en ella es un aspecto de vital importancia para el buen funcionamiento del sistema, ya que allí no solo se van a depositar datos de todas las personas, sino también información sensible de las instituciones que rigen la sociedad y mantienen su orden y cohesión. Para ello, la Red utilizará una serie de herramientas y sistemas de seguridad que le permitan total independencia y autonomía. Se constituirá así en un sistema cerrado VPN –*Virtual Private Network*–, de manera que se pueda separar como una nueva estructura dentro de la red abierta, hoy en día utilizada por todos. Así, existirá una clara distinción entre el “mundo exterior” y la **Red 5E**, altamente segura y con conexiones directas de punto a punto.

A fin de que el sistema no se convierta en una “red oscura”, o que a través de él se realicen operaciones ilegales, se implementará una prueba de entrada obligatoria para verificar cada interacción en la red. El control de acceso se realizará, entonces, a través de sistemas de identificación muy seguros, como *Zighra* –<http://zighra.com/>– y toda interacción en ella será un evento *blockchain*. Como se sabe, este es un registro único, consensuado y distribuido en varios nodos de la red, que funciona como un libro contable donde se registran las transacciones que se realizan en ella. Así, la información siempre está visible y disponible para todos los usuarios al mismo tiempo. En cada bloque se almacena una cantidad de registros y transacciones, información del bloque y su vinculación con el bloque anterior y con el siguiente a través de un código único o *Hash*.

Cada página que se aloje en la Red será un bloque de la cadena y, gracias a esto, se garantizará la seguridad, transparencia y trazabilidad de todos los movimientos que se realicen en ella. La Nueva Red trabajará, entonces, como una Organización Autónoma Descentralizada –DAO, por su sigla en inglés– que funcionará, independientemente, sin una gestión jerárquica y de modo

autosuficiente. Similar a una criptomoneda, que prescinde de la intermediación bancaria, la Nueva Red será autónoma y, por lo tanto, no dependerá de nadie para funcionar: ella misma regulará los eventos *blockchain* generados por los usuarios y, cada uno de ellos será, a su vez, un contrato inteligente.

De esta manera, la **Red 5E** se busca eliminar toda forma de crimen cibernético o acción lesiva para el usuario, como la simple captura de información personal no consentida o su utilización con fines comerciales o políticos. La seguridad informática es fundamental no solo para posibilitar que los usuarios confíen en la Red, sino también para establecer un orden, partiendo de ella, se pueda llevar a la vida cotidiana de la sociedad. Los aspectos técnicos específicos de este dispositivo de seguridad informática deberán ser discutidos y ampliados mayormente en un documento aparte que establezca, con toda exactitud, sus características, alcances y regulaciones concretas.

Un nuevo valor, una nueva economía.

Con todo lo que se ha expuesto hasta el momento, resulta claro –al menos para mí– que el mundo necesita una nueva economía, una nueva forma de entender el concepto de “valor”. Hoy en día lo entendemos como el “grado de utilidad o aptitud de las cosas para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite. También es una cualidad de las cosas en virtud de la cual se da, por poseerlas, cierta suma de dinero o equivalente” (Diccionario de la RAE, Online.) En este sentido, tendemos a asociar el valor de las cosas mucho más con su representación en dinero que con la utilidad que nos prestan, un hecho que seguramente obedece a la economía de mercado, pero que nos pone en una posición que monetiza todo y pone al dinero como bien supremo de la sociedad. Por más dinero que se obtenga, hay un momento en que ya no hay más cosas que adquirir y sobrevienen el vacío de sentido o la angustia existencial. Los casos de Síndrome del Desorden Financiero –relacionados con el consumo compulsivo– aumentan considerablemente a medida que el mundo sigue promoviendo el crédito como mecanismo principal para movilizar la economía y, así, seguimos anclados a un modelo que privilegia la posesión y el consumo como pilares de la felicidad, en detrimento de los recursos naturales y de las demás personas.

Por supuesto que no soy el primero en decirlo, pero es hora de repetirlo: hay que repensar el modelo. En un mundo en red –nos lo está demostrando la pandemia– muchas formas de trabajar y producir valor tendrán que transformarse. Ya no es valioso únicamente aquello que se produce *in situ* con el trabajo físico, sino que todo eso que se produce remotamente empieza a tomar mayor trascendencia porque se eliminan las distancias, se reducen el transporte, los fletes, los combustibles, etc. Muchos productos de uso diario son ahora producidos por máquinas y otras tantas actividades humanas, como barrer o aspirar, ya son realizadas por robots domésticos que se adquieren a precios, más o menos asequibles, en el mercado. En un día no muy lejano, los taxis van a ser reemplazados por vehículos autónomos, los contadores serán reemplazados por programas que entienden la semántica de los contratos y la lógica de los impuestos y sus números. De acuerdo con el diario El Mundo, de España: “los robots podrían desempeñar las

tareas en las que hoy trabaja el 47% de la población económicamente activa. Esto significa que se podrían perder más de 1600 millones de puestos de trabajo”. Asimismo, un estudio del *OBS Business School*, de Barcelona, señala que “Entre 1970 y 2015, los ordenadores destruyeron en Estados Unidos 3.5 millones de puestos de trabajo, a la vez que contribuyeron a crear 19.3 nuevos”. Lo que esto nos muestra es que, con más productos y servicios desarrollados por las máquinas, el sistema económico está beneficiando, cada vez, a menos personas. El cambio en la esfera laboral es una realidad. No aplica para todos los casos, obvio, pero sí atañe directamente a lo que será la vida laboral de los seres humanos en un futuro no muy lejano. Hay que cambiar, entonces, nuestro concepto de valor, no podemos seguir apreciando únicamente aquello que resulta de producir, producir y producir en virtud de la posesión o el enriquecimiento egoísta. Hace años que la humanidad ya llegó al final de aquellos tiempos en los que la conquista y/o la esclavitud de otros pueblos y otras personas, eran la principal forma de producir crecimiento económico. La Revolución Industrial alteró esos valores en la segunda mitad del siglo XVIII y ahora, la Revolución Digital está redefiniendo las cosas nuevamente para llevarnos a nuevas formas de producir colectivamente. Paradójicamente, esto no es nuevo, muchas comunidades indígenas, por ejemplo, no tienen el concepto de que “poseen” la tierra que utilizan para producir lo que será de todos, para ellos lo importante es que aquello que se produzca sea bueno para la comunidad. Tal vez sea tiempo de regresar al origen, a la sencillez de esas sociedades donde con reglas simples todo se podía manejar. En esos modelos también tiene su base la **Red 5E**.

La economía neoliberal con su apertura del mercado, su favorecimiento de la producción y la carga de impuestos al consumidor, ha dejado como resultado una peligrosa expoliación de los recursos naturales –piénsese, por ejemplo, en la minería, en el *fracking*, la producción de moda barata que cambia colecciones rápidamente o en la industrialización de la producción de comida–, un endeudamiento progresivo de la clase media y ha aumentado, enormemente, la brecha entre ricos y pobres. ¿Cómo convencer entonces, al empresario millonario de que hay que redistribuir los recursos? Quizá no sea necesario hacerlo de un modo tan radical, la rueda de la historia continúa girando y los cambios, simplemente, se van dando. Pueden introducirse, sin embargo, mecanismos sutiles pero importantes para ayudar a que las cosas cambien. La **Red 5E**, por ejemplo, elimina las herencias que suelen conducir al monopolio, como se explicará más adelante. Y así, un día las crisis sociales, la economía cambiante, las revoluciones políticas o las pandemias, terminarán por convencer a la humanidad de que la supervivencia es el valor primordial, que los valores deben orientarse al bienestar del ser humano y que mis propios valores no pueden estar por encima de los valores de los demás. No podemos seguir promoviendo un capitalismo que solo enriquece al individuo, ni un socialismo que solo hace prosperar a un partido o al gobierno de turno. En un futuro ideal quien tenga los medios, deberá ayudar a otros también a producir en beneficio suyo y del resto de la sociedad.

Pero, para ello, debemos convencer al mundo de cambiar su modo de pensar. Hay que modificar los valores, rompiendo el paradigma de que el dinero es el fin último de toda acción humana, hallar formas de garantizar la vida con calidad para todos y centrar nuestra atención en el desarrollo del ser humano, en sus habilidades e intereses. Si logramos convertirnos en una sociedad en la que todos trabajen en aquello que quieren, para lo cual habrán de prepararse vocacional y profesionalmente, con seguridad encontraremos la forma de reorientar el concepto

de valor hacia todo aquello que se hace por el bien común y no solo eso que procure el bienestar de una única persona o de un reducido grupo en el poder. En una sociedad así todos los trabajos son valiosos y, si el sistema los retribuye en una escala que no discrimine, incluso esas actividades que nadie quiere hacer –barrer las calles, recoger y disponer de la basura, cuidar a los ancianos, etc.– será posible pensar en un mundo más justo porque premia las tareas que redundan, directamente, en el bienestar de la sociedad. Esto es, una redefinición del modelo actual según el cual la especialización técnica y profesional se convierte en otro factor de discriminación. La irrupción de la educación especializada como consecuencia de la separación de tareas que trajo la Revolución Industrial, condujo a valorar ese fenómeno como condición necesaria para el desarrollo, eliminó los oficios y dio origen a las profesiones que, puestas unas sobre otras –en razón de su mayor o menor contribución a la producción y a la generación de dinero–, crearon una nueva pirámide en términos de lo laboral. Sin embargo, a la luz de las cosas que son más necesarias para la vida de la especie, muchos de esos trabajos que están en la base de la pirámide y que, en esa lógica de la especialización son menos importantes, han quedado relegados a lugares de mínimo protagonismo y, como tal, de menor apreciación por parte de la sociedad.

Es necesario revalorar estas actividades, ya que su importancia para el funcionamiento de la comunidad es muy grande. Una vez más, la crisis del coronavirus nos está mostrando que, junto al sector de la salud, aquellas personas que trabajan en la limpieza, por ejemplo, son fundamentales para el mantenimiento de las condiciones necesarias para la vida. Igualmente ocurre con las personas que se trabajan en los servicios de correo y mensajería, que literalmente, permiten que la sociedad siga funcionando gracias a que son los únicos que mueven el mercado. Qué no decir del sector de la agricultura, tradicionalmente olvidado por los gobiernos en muchos países del tercer mundo, que ha demostrado su importancia para producir la comida que alimenta a todos aún en medio de la pandemia. Son solo tres casos de muchas otras ocupaciones que también podrían ser señaladas, pero que son suficientemente emblemáticos de lo que este apartado del texto quiere mostrar. La sociedad no se movería sin las personas que realizan estos oficios y, por lo tanto, en la **Red 5E** todos ellos serán valorados de un modo diferente. Sin desconocer, en ningún momento, la enorme importancia que tienen las profesiones y su consecuente especialización, todas las personas que trabajaran en estas actividades recibirían un pago alto y digno con el que, además, se estimularía su continuidad. Las nuevas formas de producción en el siglo XXI y una visión menos capitalista de la economía señalan, entonces, que hace falta entender el mundo de forma diferente, para garantizar mejores condiciones de vida para todos.

La nueva forma del dinero

Si el mundo ha de operar en línea, también debe hacerlo su economía. Alguien podrá objetar que eso ocurre actualmente, la banca funciona en línea, sus principales actividades pueden controlarse desde la comodidad de un teléfono inteligente o desde un ordenador en la oficina o en casa. Los tiempos de la bolsa de valores, llena de corredores comprando y vendiendo desesperadamente, a grito herido, son cosa del pasado. Hoy en día, las operaciones se desarrollan –no sin cierta adrenalina– pero a través de sistemas y programas que permiten hacer

y controlar las transacciones más ordenadamente. Sin embargo, el dinero sigue siendo el mismo. Es verdad que, a lo largo de la historia, ha sufrido ciertas transformaciones –de representar su valor en oro a ser un trozo de papel en el que confiamos porque creemos en la solidez de la economía del país que lo emite– y que ahora son, básicamente, cifras que suben y bajan en el reporte electrónico de nuestra cuenta bancaria, pero en esencia, sigue siendo lo mismo: un símbolo.

Pero, como todo símbolo, su valor es abstracto. Eso lo hace tremendamente inestable y conduce a situaciones críticas como la que generó el Banco Nacional de Suiza, a comienzos de 2015, cuando decidió eliminar el tipo de cambio mínimo del franco frente al euro para proteger su moneda. De la noche a la mañana, muchas personas en toda Europa, que tenían sus ahorros en bancos de ese país, perdieron grandes cantidades de dinero a causa de la medida. Y no fue por una guerra, una pandemia o una quiebra masiva, nada más una decisión gubernamental. Pero ese fue solo un fenómeno de tantos, cada determinado tiempo se presenta otra eventualidad –una burbuja financiera, una crisis petrolera, etc.– y, con esta, vienen nuevas afectaciones a la economía del mundo. De modo que la estabilidad del dinero, tal y como lo concebimos hoy en día, es bastante relativa y presentará un colapso global en cualquier momento.

Sin embargo, creemos en el dinero porque no hay más alternativas. Ponemos en él todas nuestras expectativas de vida. Desde niños nos damos cuenta que el mundo se mueve al ritmo que él impone, si hay dinero hay comida, ropa, zapatos, vacaciones y bienestar, en general. Si carecemos de él hay restricciones y sufrimiento. De modo que nos acostumbramos a pensar en la vida casi como un periodo de tiempo en el que debemos producir dinero. Admiramos a quienes tienen vidas excitantes, plenas de lujos y viajes, de sexualidad desenfrenada y estatus, no necesariamente porque veamos calidad de vida en ello, sino porque tienen dinero. Tener dinero es el símbolo de esa vida a la que aspiramos. Y en obtenerlo, muchas veces por cualquier medio, invertimos la mayor parte de nuestros esfuerzos. Pero el dinero no es el fin, es el medio, una herramienta para hacer intercambios más sencillos. En algún lugar de nuestra historia empezamos a pensar que hacer enormes fortunas era la meta y, así, hoy en día, muchas cosas se hacen por el puro placer de conseguir esos trozos de papel o de metal que, como nos ha demostrado la historia, de un momento a otro pueden perder su valor y terminar siendo nada. Esto sólo cambiaría si el dinero estuviera respaldado por algo que tuviera un valor real, tal y como era hasta que los Estados Unidos derogaron “el patrón oro”, en el que el valor de la unidad monetaria estaba fijado en términos de una determinada cantidad de ese metal, durante el gobierno de Richard Nixon.

Como se dijo anteriormente, el valor que conferimos al dinero viene de la confianza que todos depositamos en él. Es verdad que tampoco se nos han presentado alternativas distintas, de modo que no tenemos más remedio que suscribir ese acuerdo social tácito, simplemente hacemos negocios en una moneda determinada porque confiamos en la solidez de las economías que representan. Nada más. En teoría, hasta las más recientes burbujas especulativas, las grandes cantidades de dólares y euros que se movían estaban conectadas con el Producto Interno Bruto, PIB, del país que emitía la moneda. Hoy en día, es muy difícil saber el monto real de moneda que está fluctuando. De cualquier modo, preferimos los dólares o los euros a los bolívares o los

balboas, solo porque sabemos que están respaldados por países cuya estabilidad política, y por lo tanto económica, no ofrece mayores riesgos. No obstante, en tiempos en que los bancos centrales de algunas naciones recompran créditos con nuevo dinero que ellos mismos emiten, a consecuencia de las crisis sucesivas, esa creencia en las “monedas estables” se desdibuja y pierde solidez. Sin embargo, amparado en ese acuerdo, el mundo se mueve, se mueven las empresas, los empleos, el comercio, las exportaciones, las importaciones y todos esos movimientos que constituyen la dinámica de la vida. Pero el dinero está controlado por los gobiernos nacionales que, a través de sus bancos centrales regulan la cantidad que circula entre la gente y, de esa manera, controlan a placer la especulación, la inflación y otros fenómenos asociados a la economía de las naciones. Esa intermediación es, entonces, al mismo tiempo buena y mala. Buena porque regula la economía, mala porque confiere un poder ilimitado a los gobiernos para decidir sobre la vida de la gente. ¿Y por qué ha de ser así? Por el modelo económico que impuso la modernidad, con cada transacción que hacemos favorecemos no solo la dinámica económica sino, también, el enriquecimiento de quienes manejan la industria y los negocios, además de la dominación de estos sobre todos los demás.

No creo que el mundo esté obligado a perpetuar esas relaciones de poder tan verticales. Hay que tener un principio de autoridad, pero en beneficio de la calidad de vida para todos, no para enriquecer a unos y empobrecer a otros. Entonces, hay que desmontar ese poder basado en la economía, y la manera de hacerlo, es interviniendo las transacciones. No con revoluciones ni violencia, simplemente creando conciencia, generando un modo alternativo de transar para obtener los mismos bienes y servicios de un modo más equitativo. Si, colectivamente –por ejemplo, a través de una organización diferente como **5E**– no le damos más poder a los organismos de siempre para ejercer un control sobre nuestras transacciones y, por tanto, sobre nuestra economía, iremos creando las condiciones para que en un futuro lejano el mundo sea más justo.

Es aquí donde cobra sentido la *criptomoneda*, un medio digital de intercambio que utiliza la criptografía –o escritura oculta– para asegurar las transacciones y evitar la emisión incontrolada de nuevas unidades de una criptografía particular. En suma, una moneda digital segura e infalsificable, no controlada por los gobiernos ni los bancos centrales, sino por el conjunto de usuarios que la movilizan. De esta manera, tendríamos una herramienta distinta para el intercambio de valores, sólo faltaría definir un “valor real” que respalde la herramienta y así asegurar que las transacciones *blockchain* no estén vacías, al igual que el dinero común, únicamente respaldado por la confianza.

Las *criptomonedas* como unidades de transacción alrededor el mundo ya existen. Las más comunes que se encuentran hoy en día –Bitcoin, Ethereum, Litecoin y Ripple, entre otras– se mueven gracias a la confianza de sus usuarios y son aceptadas para hacer negocios de diversa índole. En ese sentido, un sector de la opinión pública también las asocia con negocios ilegales, dada su difícil trazabilidad en el “mundo real”, pero ello es solo un aspecto menor y, a través de los eventos *blockchain*, su funcionamiento es totalmente transparente. No se trata, por otra parte, de crear una nueva *criptomoneda* para la Red, se puede usar cualquiera de las ya existentes, lo novedoso del sistema es que el valor de la unidad que utilicemos no va a estar dado

únicamente por la confianza de los usuarios, sino por el trabajo que previamente estos realizarán para acreditar sus cuentas. Para que esto sea posible, es necesario que todos los usuarios de la Red acojan la criptomoneda elegida. En un principio, seguramente los países y bancos no van a aceptar como una moneda real. Sólo con el tiempo, cuando no sea posible seguir ignorando su desarrollo, van a asumirla como tal. Y cuando esto suceda, con el respaldo que tendrá en el trabajo efectivamente realizado para la Red, habrá un modelo más honesto que aquel en el que las divisas están soportadas en el PIB porque se tratará de un valor real, no del balance general de un gobierno.

Otra ventaja de las *criptomonedas* es que, eliminando la intermediación financiera de los gobiernos, también se limitaría esa relación de poder que ejercen, con base en el control de las transacciones, sobre la gente. Hay que recordar que lo que aquí propongo no es ningún tipo de anarquía, ya que los gobiernos aún son necesarios como organismos para el control de los estados. En el nuevo modelo, cada país seguirá funcionando como una comunidad independiente, pero para las decisiones más relevantes, tendrán siempre a la Red para determinar la última palabra. Probablemente, en el futuro los países tiendan a desaparecer y las fronteras entre unos y otros se hagan cada vez más difusas, producto de los cambios mismos de la historia, pero por el momento, la organización política mundial se basa en la idea del estado nación y su respectivo gobierno. No obstante, en este contexto, lo que no puede ser permitido, es la deformación de las funciones gubernamentales a través de fenómenos como la corrupción que, especialmente en el tercer mundo, obedece al control del dinero de un país. A fin de prevenir este fenómeno, la **Red 5E** implementará el sistema de filtros del que se habló en capítulos anteriores, en el que las personas que deban decidir en torno a un problema, serán siempre diferentes a fin de impedir cualquier conflicto de intereses. De esta manera el filtro será la garantía de un análisis transparente para llegar a soluciones, planes y ejecuciones apropiadas para cada problema.

El cambio partiría de entender que la economía del mundo es, actualmente, de tipo crediticio: un usuario aporta su dinero y, luego, obtiene un determinado bien o servicio a cambio. El que presta el servicio o vende ese bien confía en la solidez de la economía que respalda esos billetes, monedas o transacción electrónica con que se le está pagando. Pero todo es un simple acto de confianza. Si la economía basara el valor de esa unidad transaccional en el trabajo concreto que ese cliente, comprador o usuario haya realizado, previamente, en beneficio de la sociedad, las cosas serían diferentes porque habría un valor real respaldando la transacción. Dicho de otro modo, la economía no se basaría en el crédito –es decir, la confianza o credibilidad que manifestamos en los otros a través de unos billetes con determinado valor– sino en el débito, solo podríamos gastar aquello que, previamente, hayamos trabajado y que el sistema acreditaría en unidades de valor digital o *criptomonedas*.

El nuevo modelo económico de la **Red 5E** buscará romper el paradigma de que consumimos hoy con lo que ganaremos “a futuro”. Usaremos solamente lo que hemos ganado sin basarnos en la esperanza de éxitos o desarrollos por venir y, de paso, acabaremos con la especulación de los precios que un producto alcanzaría o los supuestos dividendos que un gran negocio podría rendir. Basaremos la economía en lo concreto. En este sentido, cada cosa que sea reconocida por los

usuarios como valiosa para el sistema es, igualmente, valiosa para la sociedad. Si logramos alcanzar un punto de evolución social tal que toda actividad humana pueda ser reconocida como valiosa en unidades digitales de transacción comercial –incluidos el arte, la cultura, el entretenimiento, las labores domésticas y tantas otras que, hoy en día, son consideradas de menor valor social– habremos sido capaces de invertir los valores y hacer una sociedad más justa y ecuánime para todos.

La dinámica del modelo económico

De acuerdo con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, firmada en 1948, todos los seres humanos nacen libres en dignidad y derechos. Esta verdad que rige desde entonces, lamentablemente no se cumple en la práctica, de un modo cabal. Son aún muchos los casos de poblaciones discriminadas en razón de su lugar de origen, su raza, su religión o, incluso, su condición social. La inequidad llega a todos los lugares del mundo. Si seguimos por el camino de la explotación del hombre por parte del hombre y de los recursos naturales en el planeta, solo por el hecho de obtener dinero y alcanzar un desarrollo que únicamente beneficia a unos cuantos, el futuro de la humanidad está en peligro. Por más que algunos pretendan ignorarlo deliberadamente, todos somos necesarios de algún modo. El empresario depende de sus empleados para producir y ganar dinero, los empleados necesitan del empresario para obtener su salario, que es dinero con que comprarán bienes y servicios a los comerciantes; los comerciantes necesitan al cliente para hacer crecer su negocio, etc.

La interdependencia social es, entonces, un hecho. Pero, para que esta dinámica funcione adecuadamente, se necesita de una sociedad que dé oportunidades, por igual, a todos. No se trata de eliminar las jerarquías, estas son inherentes a toda especie animal. Tampoco se trata de financiar gratuitamente a los menos favorecidos, lo que se debe es crear oportunidades de calidad y en igualdad de condiciones para que todos puedan vivir bien, al tiempo que prestan un servicio importante para la vida de toda la sociedad. Así, cada cual podrá trabajar en función de su propia calidad de vida. Si quiere ser parte de la **Red 5E**, el individuo deberá aportar lo que pueda y, de este modo, generará valor para sostenerse a sí mismo, independientemente de su procedencia. No obstante, nadie estará obligado a pertenecer al sistema.

¿Cómo funciona, entonces? Una mujer embarazada tendrá derecho a recibir un incremento salarial por el tiempo en que su hijo esté creciendo hasta alcanzar la primera mayoría de edad –según la nueva definición que realizará el sistema–. De esta manera, su familia podrá criarlo hasta que el niño pueda empezar a apoyar la organización social en lo que sea que sus habilidades e intereses particulares le permitan y que, de un modo u otro, habrá de contribuir al enriquecimiento de la vida de su comunidad. Una de las metas de la Red será, precisamente, ayudar a encontrar el “don” de cada ser humano e impulsarlo a generar bienes o servicios por un año, acreditando su cuenta personal en la Red para que, una vez finalizado ese período, pueda recibir el salario acumulado e invertirlo en bienes o servicios para sí mismo. Durante ese primer año, su familia –con ayuda del sistema– continuará haciéndose cargo de él y, al finalizar, este podrá hacerse independiente o seguir viviendo con los suyos, pero contribuyendo activamente

al bienestar de todos. En la medida en que el individuo continúe trabajando y capacitándose para otras actividades, el salario que se le acreditará irá aumentando proporcionalmente al tiempo y la calidad del servicio prestado. El criterio de calidad será definido por los mismos usuarios, garantizando así no sólo el carácter profesional de su obra, sino también su desarrollo personal y su crecimiento económico individual. De esta manera, todos los individuos tendrán igualdad de oportunidades para tener una buena vida de calidad y, al mismo tiempo, prestarán un servicio que mejorará las condiciones de todos en su grupo social. La generación de riqueza estará, pues, al alcance de todos siempre y cuando garantice que genera una utilidad para la comunidad y, por tanto, deja algo para la sociedad.

Otro aspecto importante del modelo económico que se promoverá a través de la **Red 5E**, es el estímulo a los usuarios que trabajen, de un modo u otro, para ella. Anualmente, cada usuario recibirá un aumento del 10 % en sus honorarios por las labores que desarrolle para la Red. Esto se hará como un estímulo a su experiencia y a su compromiso con el sistema mismo, al tiempo que permitirá dar un tratamiento más justo a los viejos, quienes legítimamente están facultados para ganar más dado su tiempo de servicio. De esta manera, tampoco dependerán de la caridad o de programas de ayuda, sino que podrán sostenerse económicamente a sí mismos. Al morir, la riqueza acumulada por cada uno de ellos volverá al sistema para que no haya herencias que favorezcan a unos por encima de otros. Únicamente los discapacitados recibirán ayuda del sistema. Para garantizar que este siempre esté financiado y tenga usuarios en la base, se recompensará económicamente la vinculación de nuevos miembros a la red, como en un modelo piramidal. Es verdad que la riqueza de los que mueran será nuevamente absorbida por la Red, pero esta irá destinada a la financiación de nuevas obras para beneficio de todos.

Nadie podrá gastar, entonces, lo que no ha producido previamente y este trabajo, acreditado en el sistema, será el que respalde la solidez de la *criptomoneda* empleada. Entre más tiempo un individuo haya trabajado para el sistema, mayor será el valor de su hora de trabajo que, cada año, aumentará según se defina comúnmente. También será posible hacer inversiones en el sistema mismo, de modo que este pueda mejorar y, al mismo tiempo, genere dividendos para sus inversionistas. Estos recibirán un 10% de ganancias en el primer año después de la inversión y, a lo largo de los siguientes cinco, un 2% menos cada año. Al finalizar este período, la suma total de la inversión será reembolsada al inversionista en criptomonedas 5E. La riqueza, entonces, no será bien exclusivo de unos pocos, sino que a todos se dará oportunidad de crecer en condiciones similares. El trabajo de todos garantizará la solidez de la unidad digital de cambio y, en todo caso, aunque se trata de un sistema piramidal, a la muerte de un individuo, sus beneficios no podrán ser heredados por nadie, sino que serán reabsorbidos por el sistema para ser invertidos en infraestructura y mejoras para todos. Los familiares de esa persona no quedarán desamparados porque ellos, a su vez, serán parte del sistema, habrán de trabajar y hacer su proceso individualmente. Nadie será dueño de la **Red 5E**, todos trabajarán, de un modo u otro en él, con miras a favorecer la calidad de vida de todos.

El Código Moral Universal

Promover un cambio de esta naturaleza –creado en la Red y movilizado desde allí– indudablemente requiere la colaboración activa de todos los miembros de la sociedad. Seguramente, este no será un asunto fácil. Tras varios siglos de capitalismo y libre mercado, será difícil convencer a quienes tienen cierta riqueza que orienten sus beneficios no sólo para sí mismos, sino en favor de otros. Tal vez no sea un problema con el que podrá lidiar eficazmente esta generación, pero la historia ya nos da indicadores preliminares de que las cosas están a punto de cambiar. En estos momentos de pandemia, independientemente de si tienen mucho o poco, todos los seres humanos están viéndose obligados a encerrarse en sus casas. Por supuesto, aquellos que tienen más recursos, están sobrellevando las cosas con más tranquilidad que quienes no, pero el factor salud está afectando a todos. La economía moderna se mueve al vaivén de los hechos mundiales: guerras, atentados terroristas, revoluciones sociales o políticas y, últimamente, crisis humanitarias, determinan el comportamiento de las finanzas en el mundo a su propio capricho. Entender, a tiempo, que el camino por el que vamos no es el más apropiado, nos permitirá corregir el rumbo hacia modos de vida más acordes con lo que nos exige el momento histórico.

Para ello, hay que operar, igualmente, una revolución moral en la sociedad. Aun teniendo en cuenta las diferencias de todas las religiones y credos que se profesan en el mundo, es posible encontrar principios morales comunes a todas, como tratar a los demás como quisieras que te trataran a ti, la preservación de la vida y la integridad de las personas, que el fin no justifica los medios o la libertad y autodeterminación de los pueblos. Sin embargo, los principios morales que regirán a la **Red 5E** deben ser aún más sencillos, de modo que estén libres de terminologías filosóficas complejas y todo el mundo pueda comprenderlas con toda facilidad. Estos principios son:

1. **No matar.** Ni directamente, ni a través de los contenidos que circulen en la Red.
2. **No aprovecharse de otros.** No hacer cosas que puedan resultar lesivas para los demás, a menos que se cuente con su consentimiento. Esto incluye no utilizar trucos o engaños de ninguna índole para robar.
3. **No abusar de los menores de edad.** Los menores no pueden ser expuestos a contenidos o actos sexuales ni, mucho menos, pornográficos. Todo contenido debe ser idóneo para su grupo de edad.
4. **No mentir.** No hacerlo acerca de uno mismo ni de los demás. En caso que una situación lo requiera, se analizará, separadamente, a través del filtro correspondiente.
5. **Claridad.** No utilizar traducciones de otros idiomas para cambiar el sentido de una idea, ni hacer las cosas intencionalmente complicadas para que los demás no las entiendan.

Todos ellos son consistentes unos con otros, de modo que el cumplimiento de uno no atente contra los demás. Cada uno y todos, en su conjunto, dan lugar a una serie de reglas que rigen la vida de aquellos que profesan determinado credo o religión. Si fuera posible, entonces, sintetizar efectivamente un Código Moral Universal, con unos pocos principios básicos y que trascendiera todas las religiones, respetando sus diferencias formales, sería posible encaminar a la humanidad hacia un mayor equilibrio. El comportamiento humano se regiría, principalmente, según estos principios y procuraría que ninguna de esas acciones rompiera el balance que se lograría con el

respeto de lo básico: el sentido común, el buen trato, la vida, la integridad, la equidad, la libertad. Partiendo de esta consideración, la Red pondrá en funcionamiento el sistema de filtros para garantizar que todos los contenidos y actividades que se hagan a través de ella, se ajusten a ese Código Moral. Al tiempo que garantiza un marco de acción íntegro, también genera una dinámica de generación de empleo al requerir la participación de los usuarios en cada uno de los filtros y democratiza, a la vez, la información dándole solidez a la base del sistema.

Es evidente que todo código es, de algún modo, un mecanismo de control. En un sistema que buscaría garantizar la libertad de las personas, la idea de control puede ser entendida como una contradicción. No obstante, es necesario precisamente para establecer las condiciones según las cuales esa libertad es posible. La libertad es un derecho que garantiza a todo ser humano conducir su vida según sus propias decisiones, de esta manera procura su autonomía de pensamiento, palabra y obra. El libertinaje, por otra parte, es el uso irresponsable de esa libertad, sin atender a las consecuencias de los actos realizados, sin tomar responsabilidad por ellos, lo cual resulta muy peligroso para la estabilidad social que se busca. De ahí que sea necesario establecer dispositivos de control que ayuden a mantener el equilibrio y que surjan como resultado del acuerdo, no como imposición desde un estrado del poder. Así pues, la Red será ese dispositivo emanado de todos para permitir un ejercicio responsable de la libertad. Y ello, en el futuro, quizá conduzca a que ya no haya estados absolutos sino grupos de personas que vivan según intereses, circunstancias y creencias afines.

Así como el control, el rigor es otro elemento fundamental a la hora de considerar un Código Moral Universal. Nada ni nadie debe estar por encima de las normas que se establezcan. Ningún acto humano debe trasgredir el acuerdo, justamente por el hecho de que es resultado de un proceso de negociación para que la vida armónica de todos sea posible. La rigurosidad en la aplicación del Código es, pues, fundamental en todos los casos aún cuando cada uno deba ser considerado de modo independiente. En ese sentido, el concepto no se refiere a ser inflexibles con las normas que componen el Código, sino a la obligación de seguirlas, a una cierta disciplina. Por ello mismo, todo debe ser tan simple, para que todo el mundo pueda comprender las reglas y tenga claro que debe cumplirlas con un rigor absoluto. Es evidente que, dada la complejidad de las sociedades en la actualidad, la aplicación de un Código Moral Universal es de vital importancia para que se establezca un orden que todos puedan seguir. El asesinato o la tortura, por ejemplo, no pueden estar justificados por las libertades que garantiza mi credo o religión, o por el ejercicio mismo de mi libertad y autodeterminación. Por encima de ello opera el principio moral que protege la vida y me obliga a buscar alternativas que permitan soluciones distintas.

La disciplina que requiere el observar este Código va, igualmente, de la mano con el cambio en la escala de valores de que se hablaba en capítulos anteriores. En la cúspide de la pirámide ha de estar el ser humano, pero no como individuo solitario, sino como sociedad. Esta es la razón para que, por ejemplo, todos los usuarios deban aceptar cuando sean convocados a participar en uno de los filtros para tomar decisiones. La idea principal de que el colectivo está por encima del individuo, los obliga a ser parte activa del sistema. Esta concepción pone de manifiesto que cualquier actividad humana es aceptable en tanto cumpla con el Código Moral y beneficie, de un modo u otro, a la humanidad, el valor supremo. Así las cosas, si a una persona se le encomienda

una actividad en beneficio del grupo social, deberá hacerla y, como ya se ha dicho, recibirá el pago en unidades de valor digital que le corresponde por el desarrollo de la misma. Podrá, también, ceder el derecho a ejercer ese trabajo a un tercero, pagándole a este para que lo reemplace en esa tarea y cubriendo, así, el pago correspondiente que debería hacer el sistema. Sin embargo, aún queda por definir cuántas veces es posible llevar a cabo esa cesión, ya que serán convocados nuevamente. La sociedad es el valor fundamental y el servicio a esta es obligatorio, por igual, para todos. En cualquier caso, para no afectar los negocios personales ni la producción general, la Red procurará hacer una rotación equitativa de las convocatorias a participar en los filtros.

Finalmente, la implementación del Código Moral implica la necesidad de fortalecer la educación para la toma de decisiones. Con ese objetivo, la **Red 5E** habría de establecer una nueva forma de clasificar los grupos etarios (Niños, jóvenes, adultos) de modo que, desde niños, los individuos fueran formándose en la libertad y el discernimiento. Para ello, debería pensarse en un modo distinto de considerar al ser humano como sujeto cognitivo. Cabría, entonces, pensar en el diseño de un modelo educativo que, basado en las teorías psicológicas y pedagógicas adecuadas, permitiera poner en práctica el hecho de que cada etapa del desarrollo cognitivo en un ser humano, le permite formarse en entender problemas de complejidades éticas y morales más profundas. Ello, por ejemplo, prepararía su participación en el sistema de filtros desde una etapa temprana y los incorporaría, más prontamente, a la dinámica social. En un modelo así, probablemente no hablaríamos de categorías como recién nacidos, párvulos, niños o adolescentes, sino de recién nacidos, niño 1, niño 2, niño 3, adolescente 1, adolescente 2, etc., según su desarrollo y capacidad. No obstante, la conveniencia de esto será discutida cuando la Red, en su proceso de nacimiento y consolidación, se abra a un mayor debate con un buen número de usuarios.

La capacidad para tomar decisiones es uno de los aspectos más importantes de la libertad, ya que involucra no solo evaluar causas y consecuencias, sino también la realización de juicios y valoraciones antes de llegar a las veredictos finales que determinen el curso de nuestra vida. Ese es el verdadero ejercicio de la libertad, la posibilidad de elegir, sin constricciones y con sabiduría, dependiendo de nuestras condiciones personales. Quizás sea una verdad incontrovertible, pero muchas personas parecen ignorar que no todo lo que circula en Internet es verdadero, que existen realidades diferentes y todo merece ser pensado. En tanto el sistema educativo enseñe eficazmente a decidir, los medios comuniquen lo más claro posible y todo sea traducido de la manera más específica a los términos y circunstancias de cada cual, este ejercicio dialéctico de la libertad, en su estado más puro, está garantizado y permitirá a la construcción de una sociedad mejor para todos. Si el Código Moral Universal hace las cosas posibles, ello mismo las hace publicables. Nadie tendrá nada que ocultar, así se dará el ejercicio de la libertad.

Epílogo: lo que viene.

Al momento de terminar este primer borrador formal de la propuesta, más que nunca somos conscientes de lo ilusorio que parece ser exponer un modo distinto de pensar y de actuar en

momentos en que el mundo parece funcionar cómodamente del modo en que lo hace. Tal y como, *grosso modo*, se describió en la primera parte de este documento, la vida en el siglo XXI tiene una dinámica propia en la que todos estamos inmersos. Justa o no, es lo que hay. Años y años de evolución histórica han traído a la humanidad hasta este punto y es así como la actualidad nos muestra un montón de fenómenos sociales, económicos, políticos, religiosos y culturales que constituyen lo que somos como especie. Es nuestro derecho, pero también nuestro sagrado deber, cuestionarlo. Que las cosas sean así no significa que debamos conformarnos, que el sistema en el que nacimos sea una realidad incontrovertible e inmutable. Por el contrario, tiene que cambiar. Un sistema justo, que promueva soluciones globales, necesita reformas generales que incluyan las diferencias de todas las comunidades, así como sus intereses y metas, para que todos puedan convivir.

Sé muy bien que hablar de una nueva Red, de un sistema distinto, de una escala de valores universal, de una economía que no se sustente en el crédito, de una moneda que no tenga intermediación central, de una sociedad que se regule a sí misma y que decida participar voluntariamente en las decisiones que afectan a todos, probablemente sea una utopía de ingenuidad pavorosa. Tal vez así sea. Sé, también, que en las universidades y centros de pensamiento alrededor del mundo, hay profesores e investigadores trabajando concienzudamente en estos temas, con un sustento académico y quizá práctico mucho mayor que el que puedo aportar desde la soledad de mi estudio, donde veo pasar la vida y empiezo a preguntarme cómo, todo esto, podría ser mejor. No soy tan iluso, tengo un principio de realidad a la medida de las actuales circunstancias. Un sueño de esta magnitud aún requiere, no solo, de un estado del arte muy vasto, que permita fundamentar mucho mejor las ideas que componen este documento, también necesita más trabajo. Pero quise empezar por sistematizar lo que ya tenía en mente.

A un proyecto de esta naturaleza no lo alienta más que el interés filantrópico de abrirle la puerta al futuro, anticipándome a organizar el cambio que nos está suscitando la entropía de este comienzo de siglo y promover un mundo más equitativo para los casi ocho mil millones de personas que habitan el planeta. Parece fantástico, pero es necesario. Espero que esta idea sea la semilla para empezar a desarrollar esta nueva Red, de las cosas pequeñas surgen también los grandes cambios. Por esa razón, los invito a todos para que participen pensando en el cómo, el cuándo y el dónde de este nuevo sistema. Quizá una vez esta idea se socialice, encontremos que hay decenas, cientos o miles de personas pensando cosas parecidas, mayor o menormente desarrolladas y/o que ya hayan avanzado mucho más que yo en sus proyectos. No importa, es justamente de eso de lo que todo esto se trata, de establecer redes comunicantes, de hacer crecer las ideas para alcanzar consensos que nos hagan avanzar a todos como humanidad. Es por eso que las últimas palabras que contiene este documento no pueden ser más que una invitación a leerlo, a descomponerlo, a recomponerlo, a enriquecerlo, a difundirlo para sea el primer paso de una revolución tecnológica con grandes consecuencias en lo social, en la vida de la humanidad. Sean todos, entonces, bienvenidos. La **Red 5E** ya está naciendo, hagámosla grande entre todos.